



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ACATLAN

DOSTOYEVSKI Y EL ENIGMA DE LA CONDICION MORAL DE
RASKOINIKOV.

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN FILOSOFIA
PRESENTA:

ROBERTO FLORIN GARCIA

ASESOR: DR. ANTONIO LUIS MARINO LOPEZ

MEXICO, D. F.

NOVIEMBRE 2006



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dostoyevski y el enigma de la condición moral de
Raskólnikov

Este escrito está dedicado a los seres que me dieron la vida
y a quienes comparten su misma sangre,
a los maestros que le dieron alas a mi espíritu,
y a aquellos con quienes he compartido el camino,
la risa y el fuego.

RFG.

Índice

Introducción

Primera Parte

Advertencia previa a la narración de los hechos.....	1
Personajes del drama.....	1
Génesis, planeación y ejecución de un crimen.....	2
Prosecución.....	12
La confesión de un asesinato.....	12

Segunda Parte

Prefacio a la segunda parte.....	49
Raskólnikov y el común de los asesinos.....	50
Rompimiento de un idilio.....	57
La locura de Katerína Ivánovna.....	62
La estrategia de Porfiri Petróvich, juez de instrucción.....	66
La última noche de Svidrigáilov en la tierra.....	72
Camino a Jerusalén.....	79

Conclusiones

Dostoyevski y el enigma de la condición moral de Raskólnikov.....	88
Epílogo.....	92

Introducción

Por lo regular cuando se presenta un trabajo que para obtener el grado de licenciado en filosofía bajo la opción de tesis, se tiende a buscar y resolver un problema, o bien desde la filosofía misma o bien desde algún filósofo, porque se considera que esa es la forma propia a tal menester. Se indican las premisas y se procede a argumentar la verdad o falsedad de las proposiciones en su carácter de hipótesis a demostrar, de suerte que la razón cae en una especie de monólogo en el que ella se pone de acuerdo consigo misma para decir qué es cierto y qué no lo es; es ella quien en última instancia hace los juicios de valor, es ella quien decide lo que es verdadero y lo que no.

Este escrito que el lector tiene en sus manos y en el que se persigue el mismo objetivo, tiene otra forma, pues en sus páginas se explora un problema de orden ontológico a partir de *Crimen y Castigo*, obra de arte en la cual Dostoyevski narra el asesinato de una vieja prestamista y su hermana, cometido bajo circunstancias oscuras por un joven con dotes intelectuales y cierta educación que, finalmente resuelve entregarse a la justicia, sin sentir culpa o arrepentimiento, después de mucho deambular y atormentarse, para ser procesado por su crimen.

El argumento de la novela nos dará pie para examinar cómo es que la *razón* por sí misma es insuficiente para emitir el juicio que determine la condición moral del personaje central, pues previo a este, la *razón* tendría que resolver una grieta ontológica que esta más allá de su jurisdicción. Motivo por el cual, en este trabajo no se pretende enredarnos por establecer un juicio que determine la condición moral del personaje central, sino, que en el se hace un esfuerzo por examinar cómo es que la aporía en que incurre la razón al intentar emitir dicho juicio plantea un el problema filosófico de lo más sutil, que subyace al argumento de la novela, a saber: el enigma que se genera para la filosofía de la moral del

hecho de no poder emitir un juicio, con certeza apodíctica, acerca del fundamento de la moral. Un juicio cierto que determine la existencia o no existencia de Dios, cuyas implicaciones ontológicas se concretan en la acción, el juicio y la responsabilidad moral.

Desde hace ya algún tiempo la filosofía o mejor dicho los filósofos, han intentado la tarea de plantear y resolver este problema del fundamento, la acción y el juicio moral; cada uno de ellos en su momento ha tomado la palabra y ha expuesto lo que tenía que decir en relación a este problema. También la religión y en menor medida el estado han dicho lo propio.

Pero sucede que tanto la filosofía, como la religión y el estado han juzgado desde sí mismos y en abstracto, y por ende, las más de las veces, tienen una visión parcial y desnaturalizada del problema.

Lo que le da propósito y límite a este escrito gira en torno a la visión que de este mismo asunto tiene el artista en este caso F.M. Dostoyevski que, en *Crimen y Castigo*, captura también la posición que a este respecto tienen la filosofía, la religión y el estado, las incluye y las contrasta, sin juzgar, sin pretender resolver el problema, limitándose a cuestionarlo a fondo en toda su extensa y abismal complejidad.

Nuestro trabajo consiste en sumergirnos, exponer y elucidar en la medida de lo posible, las vicisitudes y paradojas que al final y en conjunto vuelven visible el abismo cósmico que el artista hace resplandecer a través de la poesía, con lo que se pretende mostrar que la poesía es otra forma de acercarse al universo humano y a su vínculo con lo desconocido.

Para conseguir nuestro fin hemos concebido un plan de trabajo que divide el cuerpo de este escrito en una introducción, dos capítulos y las conclusiones.

En el primer capítulo se divide y condensa la descripción del argumento de la novela, a excepción del epílogo, en dos momentos que son:

- 1) Génesis, planeación y ejecución de un crimen.

2) La confesión de un asesino.

La finalidad de cada uno de los momentos en que ha quedado dividido el argumento no es otra que hacer presente al lector las causas, circunstancias y condiciones en que Raskólnikov asesinó y confesó su crimen respectivamente.

El segundo capítulo fracciona la descripción en que ha quedado dividido el argumento de la obra en seis pasajes en los que se empieza a vislumbrar el abismo ontológico en el que se desgarran los personajes, lo íntimamente vivo y enigmático que hay en esta novela, cuyo propósito ulterior es mostrar en un apéndice, que aparece al final de cada pasaje, la incertidumbre ontológica que oculta la condición moral de Raskólnikov, en contraste con las otras figuras poéticas que ahí aparecen, esto, desde la interpretación que hacemos de *Crimen y Castigo*.

Los pasajes y los apéndices son:

1) Raskólnikov y el común de los asesinos.

Raskólnikov, la razón y la moral.

2) Rompimiento de un idilio.

La comedia humana y la falsa moral.

3) La locura de Katerína Ivánovna.

La justicia y la ilusa razón.

4) Porfiri Petróvich, juez de instrucción.

El hacha y la muerte de Dios.

5) La última noche de Svidrigáilov en la tierra.

El carbón ardiente, el bien y el mal.

6) Camino a Jerusalén.

El abismo ontológico y la conciencia moral.

En las conclusiones se hace un esfuerzo por volver visible el abismo cósmico con el que se encuentra la razón al intentar emitir un juicio que determine la condición moral del personaje central de *Crimen y Castigo*. Lo que nos dará la base para explorar cómo Dostoyevski nos sugiere de manera velada que a partir de la existencia o no existencia de Dios como fundamento de la acción y el juicio moral, indistintamente, se exige al hombre de responsabilidad moral por sus actos y que, sólo si el hombre reconoce el *enigma* de su condición humana y acepta que él y el universo son un *misterio* es posible replantear el papel del hombre en el universo en relación a su responsabilidad moral.

Oh! Muchas leyes obran en el universo,
cuyo alcance apenas podemos calcular.
¡Cuántas veces no hemos visto que una grandeza
excelsa dejaba en pos de sí un reguero de daños
o que la perversidad engendraba la virtud!

Thorton Wilder, los idus de marzo.

Primera parte

Advertencia previa a la narración de los hechos.

Nos disponemos a narrar, según nuestra división de la obra, la primera parte de la historia de Rodión Romanóvich Raskólnikov, ex estudiante y asesino; pero no sin antes hacer la advertencia de que no es la intención del que escribe estas líneas transmitir a la perfección lo que sólo se experimenta de manera individual al leer la obra, ya que se da por hecho que los posibles lectores de este escrito cuentan con la experiencia estética de la lectura de la novela. Aquí sólo se relatan los sucesos con el fin de tenerlos presentes, con el propósito ulterior de iluminar los rincones aislados en la secuencia lineal del argumento. De este modo se espera tener una visión más clara y más amplia de lo que sucede al interior de la novela.

Personajes del drama

Rodión Romanóvich Raskólnikov.

Avdótya Románova Raskólnikova (Dúnnya), su hermana.

Pulhería Aleksándrovna Raskólnikova, su madre.

Dmítri Prokófich Razumíhin, su amigo.

Alióna Ivánovna, anciana prestamista.

Lizaveta Ivánovna, hermana de la anterior.

Semión Zahárovich Marmeládov, ex empleado del Estado.

Katerína Ivánovna Marmeládova, su esposa.

Sófya Semiónovna Marmeládova (Sonya), su hija.

Pólenka, Lída, Kóyla, otros hijos de los Marmeládov.

Arkádi Ivánovich Svidrigáilov, propietario.

Marfa Petróvna Svidrigáilova, su esposa.

Piotr Petróvich Lúyin, Prometido de Dúnya.

Adréi Semiónovich Lebeziátnikov, amigo del anterior.

Zósimov, médico.

Aleksánder Grigórevich Zamiótov, empleado de la comisaría.

Porfiri Petróvich, juez de instrucción.

Parte I

Génesis, planeación y ejecución de un crimen

(La caída)

Rodión Romanóvich Raskólnikov es un joven ex estudiante de Derecho que vive agobiado por la miseria, viste andrajos y habita en una buhardilla que más bien parece una alacena. Su única familia es su madre y su hermana a quienes hace tiempo no ve. Una tarde calurosa de principios de julio consigue darle el esquinazo a su patrona y sale a la calle con la intención de hacer lo que él llamaba “el ensayo.” Asombrado de sí mismo camina reflexionando sobre si lo que piensa hacer lo llevará acabo de verdad. Apenas consciente de ello atraviesa las calles de un barrio sórdido y miserable; inmerso en sus reflexiones avanza por entre el hedor de la pobreza y gente de baja estofa que apenas si se entera de su existencia, hasta que un borracho fortuito se burla de lo ridículo de su sombrero y lo saca de su ensimismamiento para hacerse un reproche sobre lo llamativo de su atavío. Tembloroso y debilitado llega al lugar del “ensayo”, toca la campanilla que tiene frente a sí, la puerta se entreabre y por la rendija se asoman los ojillos desconfiados de Alióna Ivánovna una vieja usurera que, al ver más gente en el pasillo del piso se tranquiliza. Tras un breve instante en que ambos se examinan, la vieja lo deja pasar. Raskólnikov, por su parte, se presenta y saca de su bolsillo, un reloj propiedad de su difunto padre, a la vez que revela la intención de empeñarle.

La vieja decrepita y miserable le paga una tercera parte de lo que Raskólnikov esperaba además de que le descuenta los intereses de un empeño anterior.

Raskólnikov está a punto de perder los estribos de puro desprecio hacia la vieja, pero se contiene porque recuerda que el propósito de aquella visita es otro. Ya al entrar había observado con atención nerviosa y obsesiva todo cuanto lo rodeaba, así como el orden en que todo estaba dispuesto; escuchó con toda la atención de que fue capaz los ruidos de los objetos que eran abiertos y removidos en otra habitación por la vieja al cerrar la transacción. Ya había escudriñado con la mirada y fijado en la memoria los lugares en que la vieja guardaba las llaves. No está de más agregar que durante todo el tiempo que duró la visita la tensión nerviosa tiraba de su espina dorsal.

Una vez en la calle decide serenarse y con ese fin entra en una sucia taberna. Extenuado observa desinteresadamente su entorno, al mismo tiempo que un borracho que se encuentra en un rincón lo examina con mirada atenta y se anima a hablarle, pues le juzga persona digna y educada a pesar de su vestimenta extravagante. Se llama Marmeládov y fue un antiguo funcionario del estado, venido a menos, es padre de una chica de diecinueve años llamada Sonya y padrastro de tres pequeños, cuya madre y ahora su esposa es una tísica que está afectada de los nervios a causa del mucho sufrimiento, cosa que él no le reprocha, pues es él en buena medida el motivo de ese sufrimiento. Marmeládov le cuenta cómo ha sido su vida con esa buena mujer y cómo a causa del vicio ha hecho cosas atroces. Le cuenta cómo su única hija se vio obligada a tomar la 'tarjeta amarilla' para conseguir algo de dinero para comer, dinero que él se bebe; también le cuenta como se bebió el uniforme que le era necesario para el empleo que le iba a mejorar la vida a toda la familia, mismo que perdió hace cinco días. Así como, del dinero que robó a su esposa y del cual se ha bebido hasta la última gota. Ahora está, ahí, borracho, burlándose y despreciándose a sí mismo, pensando en las ilusiones rotas y en el mucho sufrimiento de la pobre Katerína Ivánovna su

esposa, quien por su parte tiene pleno derecho de azotarlo si lo desea, cosa que el acepta y a la cual se somete casi con gusto. Raskólnikov acompaña al desgraciado hasta su casa y corrobora la verdad de lo que ha escuchado; se abre paso a través de los gritos y chillidos de tres pequeños harapientos y aterrados, y de los curiosos que se reúnen para mirar en primera fila la azotaina de Marmeládov por su frenética esposa. Al salir, deja sobre la repisa de la ventana el resto de la calderilla que le quedaba y que le era muy necesaria, Raskólnikov regresa meditabundo a la lobreguez de su estrecho y sucio cuchitril que, últimamente, le iba muy bien a su estado psicológico actual. Duerme un sueño intranquilo y nada reparador; despierta desabrido, irritado y malhumorado. Examina su entorno con ojos de rencor, momentos después entra la criada con algo de comer y una carta. La carta consta de casi tres hojas grandes escritas por ambos lados; en ella su madre lo pone al tanto de los últimos acontecimientos en las vidas de ella y de su hermana menor Dúnya; le cuenta de su inminente llegada a San Petersburgo con motivo del casamiento de Dúnya con un hombre importante y respetable, con una sólida posición económica. También le refiere los pormenores de un incidente que ocurrió en la casa donde su hermana trabajó como institutriz y en la cual fue víctima del apasionamiento desvergonzado que sintió por ella el esposo de la patrona de la casa. Éste era un hombre llamado Svidrigáilov, del cual se contaban cosas terribles. Según la versión de la madre, Svidrigáilov se portó de manera grosera e indiferente al principio de la llegada de Dúnya a trabajar, pero después cambió y comenzó a hacerle propuestas deshonestas, de modo que Marfa Petróvna, la patrona, los escuchó discutir un día y armó un escándalo en el que, naturalmente, culpó a Dúnya de todo. En fin, con el tiempo se aclararon las cosas y la honra de Dúnya fue reparada por la propia Marfa Petróvna en persona. A raíz de todo este alboroto un pariente lejano de ésta se entero de la existencia de Dúnya y pidió su mano en matrimonio. Tanto Dúnya como su madre estuvieron de acuerdo tácitamente, pues este matrimonio

representaba ventajas y un mejor futuro para todos ellos. No obstante detalles tales como los casi más de veinte años que había de diferencia entre ambos contrayentes y la incompatibilidad de caracteres que existía entre ellos, esos eran algo así como pequeños sacrificios en comparación de la felicidad de todos. Incluso el propio Raskólnikov podría ser el ayudante del casi marido de su hermana en un despacho que pensaba abrir en San Petersburgo. Con esa doble intención, la apertura del despacho y el matrimonio, los tres muy pronto se volverían a ver. La madre de Raskólnikov contaba con que él estaría de acuerdo con ellas al conocer al prometido de su hermana, le anunció también que éste lo visitaría muy próximamente pues se encontraba ya en Petersburgo por unos asuntos de trabajo y para arreglar los detalles del nuevo matrimonio. Así que al fin, después de mucho sufrimiento, las cosas comenzaban a mejorar y una gran felicidad estaba muy próxima para todos.

Raskólnikov termina de leer la carta con el ceño fruncido; lo había comprendido todo: su hermana se prostituía por él y su madre lo consentía. Lo que más rabia y desprecio le daba era saber que el futuro esposo de su hermana se casaba con ella pensando que era su redentor, le tendía la mano si bien se tapaba la nariz con los dedos y por eso ella le debía eterno agradecimiento. Enseguida resuelve que ese matrimonio jamás se realizará mientras él viva.

Raskólnikov sale a la calle con la intención de visitar a su antiguo discípulo Razumíhin, el único con quien él hablaba en sus días de estudiante. Mientras caminaba iba mascullando, revolviendo en su interior el contenido de esa carta. Su mente discurrió hacia Sonya y las palabras que su padre le dijera al referirse a ella: “la pulcritud cuesta cara” con ellas se desató en su interior una tormenta de pensamientos que giraban entorno a la miseria que obligó a Sonya a prostituirse y la propia prostitución de su hermana por él, esta última aún más indigna pues el caso de Sonya era cuestión de vida o muerte. Tan absorto iba en sus cavilaciones que no se había percatado de que una mujer muy joven caminaba trastabillando

enfrente de él; la joven estaba ebria y al parecer había sido vestida por las manos torpes de un hombre; sin duda habían abusado de ella. Ya en la acera de enfrente como buitre había aparecido un hombre. Raskólnikov indignado llama a un policía para denunciar las intenciones del buitre que, al darse por aludido, fingió no saber de qué le hablaban. Raskólnikov abandona la escena dejando a su suerte a la chica, como comprendiendo que la vileza del alma humana es algo con lo que no tiene ningún caso luchar, de súbito decide posponer su visita para después de *eso*, y en su lugar divaga por el campo. De momento, el paisaje de casitas pintorescas rodeadas de verdor relajan a su espíritu fatigado; pero al observar con más detenimiento comienza a sentirse enfermo al mirar a las mujeres y los niños que las habitan; algo de aquella visión lastimaba a una parte de él. Vuelve un poco en sí y cobra conciencia de que tiene hambre y entra a una taberna, come y bebe un vaso de vodka; sale, los efectos del vodka, aunados a su propio agotamiento, le hacen buscar un lugar donde dormir, duerme y sueña un sueño de lo más vívido y horrible: él es aun niño y va de la mano de su padre; ambos presencian una escena de lo más cruel y brutal, unos borrachos enloquecidos matan bestialmente a palos a una pobre e indefensa jaca que muere no sin antes haber padecido un inmenso sufrimiento. Despierta aún horrorizado por el sueño. Enfermo del alma emprende el camino de regreso. Rodea de manera total y completamente innecesaria por el mercado del heno donde le sucede algo de lo más extraordinario, casi insólito y determinante. Por casualidad escucha la conversación entre unos buhoneros y una mujer; la mujer no era otra que Lizaveta Ivánovna, la hermana de la vieja prestamista; se entera que Lizaveta estará fuera de casa al día siguiente a eso de las siete de la tarde y en consecuencia la vieja estará sola. Tiene frente así una oportunidad irrepetible para realizar su *idea*.

Por esos días Raskólnikov se encontraba muy susceptible en relación a la superstición. Ya el invierno pasado alguien le había dado la dirección de la vieja

para un caso de necesidad; el momento llegó y tuvo que empeñar la sortija de oro con tres piedrecillas que su hermana le regaló el día que se despidieron.

Fue así como conoció a la vieja y de inmediato sintió por ella odio y repulsión, salió con el dinero y se encaminó a una taberna, una vez ahí escuchó, también debido a una casualidad semejante como la que le acababa de suceder, una conversación entre un joven oficial y un estudiante que discurrían no sólo de la misma vieja que él acaba de visitar sino que discutían las mismas ideas que acababan de incubarse en él: matar a la vieja como un ser inútil y dañino para sociedad, como a una vil cucaracha o un piojo, y con su dinero hacer un bien en beneficio y apoyo de la humanidad. El oficial, que era el escuchaba, enfatizó el hecho de que así estaba hecho el mundo; a su vez, el estudiante le replicó que en ese caso habría que corregirlo; el oficial le pregunta entonces si él mismo está dispuesto a matar a la vieja, el estudiante lo niega, ambos olvidan el tema y vuelven a la partida del juego que estaban jugando. Ya había anochecido cuando Raskólnikov, desolado, en un estado enfermizo, regresa a su sucio cuchitril y con calosfríos se tiende sobre el desvencijado sofá y duerme un sueño profundo.

A las diez de la mañana del día siguiente Raskólnikov fue despertado por la criada que le traía té y pan; hizo un esfuerzo por ponerse de pie, le dolía la cabeza; caminó alrededor de la buhardilla y cayó de nuevo en el sofá. Se encontraba como muerto. La criada un tanto inquieta, por el actual estado de Raskólnikov, supuso que tal vez éste estuviese enfermo; salió para regresar después, a las dos de la tarde, advirtió entonces que todo seguía tal como lo había dejado, zarandó y le reprochó a Raskólnikov el hecho, de no hacer otra cosa más que estar todo el día tendido ahí sin hacer nada; Raskólnikov farfallo que “pensaba”, se incorporó con esfuerzo y se sentó sobre el viejo sofá con la mirada puesta en el piso. La criada observó que sería conveniente para su salud salir a respirar aire fresco, Raskólnikov la despide con un gesto, ella lo mira con lástima y sale. Raskólnikov come dos o tres bocados sin ganas, maquinalmente, y se vuelve a tender sobre el

sofá; en esta ocasión su mente divaga en una serie de visiones extrañas y aparentemente inconexas; de pronto, el tañido de una campana que da la hora lo hace estremecerse y saltar literalmente de la cama a la puerta para escuchar detrás, pero ni un sólo ruido, parecía que todos se hallaban dormidos, le parecía monstruoso, casi inconcebible, no haber preparado nada aún desde la víspera. Inmediatamente se dio prisa en hacer los preparativos. Lo primero que hizo fue sacar del interior de una almohada una camisa sucia hecha jirones y con ella hacer una tira, aproximadamente de dos pulgadas de ancho por doce de largo; enseguida se quitó el abrigo de verano y con aguja e hilo que prendían en un papel que estaba sobre la mesa preparado desde hace quince días, la dobló y con mano temblorosa comenzó a coser los extremos de la tira a la parte interior de la sobaquera izquierda para colgar el hacha por dentro y pasar desapercibido. Consiguió hacerlo con destreza, pues por fuera no se notaba nada. Enseguida buscó la *prenda* entre el suelo y el sofá; era una tablita de madera del tamaño y espesor de una pitillera de plata, con una plaquita de hierro adherida a pura fuerza de hilo. Todo se hallaba envuelto pulcramente, en una hoja de papel blanco. Anudó el paquete intrincadamente, con la intención expresa de distraer la atención de la vieja para ganar tiempo; de pronto escuchó por la ventana que hacía mucho que habían dado las seis. Durante todo este tiempo su atención se había concentrado en lo principal, constatar la plena realización del acto, el “ensayo” sólo había sido una simple tentativa. Entonces aún dudaba si realmente iría *ahí* y lo haría, la cuestión era saber si dejaría de pensar para levantarse y tomar el hacha. Por lo demás en lo tocante a la otra cuestión, la cuestión *moral*, no había dudas, era como si hubiese sido enganchado a un mecanismo que giraba sin remedio y lo arrastraba. Reflexionó un tanto sobre el acceso de locura e imprudencia que sufrían los criminales en el momento decisivo, concluyó que eso no le sucedería él, porque él no era un *criminal*. La cuestión finalmente había sido resuelta, ahora sólo quedaban otros pormenores que Raskólnikov había dejado fuera de perspectiva. Salió del piso, con

mucha cautela se deslizó por las escaleras hacia la cocina de la patrona con la intención de sustraer lo más importante el hacha. Cuál no sería su sorpresa al encontrar, algo de lo más trivial, contrario a todo lo que esperaba, la criada con una canasta de ropa que tendía en una cuerda; resultó entonces que, si bien el hacha se encontraba en la cocina no iba a ser fácil sustraerla. También existía este otro inconveniente: ¿qué tal si durante su ausencia extrañaban el hacha?; sin duda con ello daría pie a una sospecha. Pero como ya dijimos Raskólnikov no había reparado en tales detalles. Aún no acaba de salir de su desconcierto cuando miró al interior de la portería, se acercó de puntas y se aseguró de que no había nadie, con cuidado tomó el hacha que se hallaba en medio de dos troncos, la colocó en el lugar determinado previamente y salió a la calle sin ser notado. Más o menos eran las siete con diez de la tarde cuando se apremió a sí mismo porque todavía tenía que dar un rodeo. Llegó al edificio donde vivía la vieja, sin contratiempo alguno, incluso corrió con suerte porque un carruaje se puso justo enfrente de la entrada, ocultando su entrada. Sigiloso y más muerto que vivo, comenzó a ascender por las escaleras con dirección al piso donde vivía la vieja, al subir notó que en el segundo piso estaban trabajando unos pintores que no lo vieron pasar; el tercer piso estaba desocupado. Al llegar al piso de la vieja, tuvo un momento de duda y se preguntó si no sería mejor regresar, en lugar de responderse se plantó enfrente de la puerta, miró en torno suyo, se estiró la ropa y tiró de la campanilla.

Raskólnikov esperó a que le abrieran la puerta, ésta se entreabrió y por la rendija que se formó entre el marco y la orilla vertical de la puerta se asomaron, como la otra vez, los ojillos desconfiados de la vieja; él sin esperar a ser invitado, empujó la puerta y con ella a la vieja consiguiendo así introducirse al interior del departamento. La vieja lo miraba desconcertada y aturdida. Raskólnikov consigue rehacerse como puede y saca la prenda. La vieja, un poco menos desconfiada gracias a un par de respuestas verosímiles que Raskólnikov le dio al ser interrogado por la desconcertada y desconfiada vieja que, tentada por la codicia

extendía ya la mano para examinar la prenda y casi al mismo tiempo de reclamar por semejante forma de hacer nudos Raskólnikov sacaba el hacha para asestar dos golpes certeros con el lado romo de la hoja sobre la cabeza de la vieja que cayó muerta. El cadáver yacía sobre el piso con una mano puesta sobre la cabeza mientras que la otra aun sostenía la prenda. Inmediatamente, Raskólnikov comenzó a hurgar entre las ropas de la muerta buscando las llaves, cuidándose mucho de no mancharse de sangre; con las llaves en las manos y con una bolsa que encontró anudada en el cuello de la vieja en el pantalón, se dirigió al dormitorio y comenzó a probar con cada una de las cerraduras que en él se encontraban.

Finalmente, en un cajón que se encontraba debajo de la cama, descubrió diversos objetos de oro que fueron desapareciendo entre los andrajos de Raskólnikov, pero no consiguió llevárselos todos porque, en ese momento, cuando menos lo esperaba, escuchó pasos al otro lado de la habitación; aguardo silenciosamente y escuchó una especie de quejido que se ahogaba. Esperó; de súbito tomó el hacha y salió; frente a él se encontraba Lizaveta la hermana de la vieja; sin mucho pensar, debido a su situación, también la mató. El terror comenzaba a hacer presa de él; se controló y lavó con esmero la sangre de sus manos y el hacha, corrió hacia la puerta que inverosímilmente, seguía abierta, la cerró, se puso a escuchar lo que sucedía detrás de ella. Cuando, de pronto, escuchó pasos; presintió que se dirigían al departamento de la vieja; no se equivocó: alguien estaba detrás de la puerta tirando de la campanilla, como él mismo había hecho un rato Raskólnikov, pese a su gran agitación no se movió y esperó mientras maldecían al otro lado de la puerta. De nuevo se oyeron pasos, luego dos voces que maldecían porque no se abrían la puerta, una de las voces, cuyo dueño era un hombre joven llamado Koch que se estaba preparando para juez de instrucción, observó astutamente que, si no abrían la puerta, no era porque no hubiera nadie en casa, porque de ser así el pasador debería estar echado por fuera y no cerrada con el pestillo por dentro;

luego, había alguien en casa. Esta observación despierta la sospecha de que algo anormal estaba sucediendo. Koch se queda a esperar mientras el otro hombre, Prestiakov, baja en busca del portero para que 'despierte' a la vieja. Los minutos pasaban y éstos no llegaban, así que Koch decide ir a ver por qué se demoran tanto. Raskólnikov abre la puerta y comienza a bajar las escaleras, dándose por perdido. Milagrosamente descubre en el segundo piso el departamento, donde hacía un rato los pintores estaban trabajando, abierto y vacío; se oculta muy a tiempo en él, pues en ese mismo instante los tres hombres subían las escaleras hacía el tercer piso. Para cuando los hombres descubrían la espeluznante escena y comprendían que el asesino acababa de huir, Raskólnikov se dirigía todo tembloroso hacia la bocacalle rumbo a su cuchitril. Raskólnikov despierta como a las dos de la tarde del día siguiente, febril y delirante; teme que, mientras él dormía, hayan hecho un registro en su casa; de inmediato se pone a verificarlo, pero nada, todo está como la noche anterior. Las joyas aún permanecían muy campantes entre sus bolsillos que, con desesperación, son vaciados; enseguida se pone a buscar un escondite. Su siguiente acto es revisar con detenimiento sus andrajos por si acaso hay alguna mancha de sangre; encuentra rastros entre los bordes de su pantalón, en su calcetín derecho y en una de las bolsas de su pantalón; con desesperación intenta deshacerse de las evidencias, pero no lo consigue. En eso, se escuchan voces detrás de la puerta; de pronto la criada, junto con un mandadero, se encuentra frente a él. El extraño le extiende un papel que Raskólnikov mira sin comprender, hasta que se da cuenta de que se trata de una citación por parte de la comisaría; se queda helado y de inmediato se pone en marcha. Cuando llega, nadie parece reparar en él, lo hacen esperar y es testigo de una escena singular. Raskólnikov, dándose por perdido, se entera con gran alivio que la citación nada tiene que ver con 'aquello', tan sólo se trata de una querrela en su contra por no pagar la deuda que tiene con su patrona. Está por marcharse cuando escucha hablar del asesinato de la vieja y cae desmayado; al recobrar la

conciencia es interrogado sólo manera informal. Absurdamente, para alguien que se encuentra en su situación, declara que salió justo a la misma hora en que se cometió el crimen, con lo que despierta la primera sospecha, al salir Raskólnikov tiene la firme intención de deshacerse de todo y con ese propósito sale a la calle, divaga por el Neva hasta que da con el lugar propicio para enterrar la evidencia. Momentos después se dirige a la casa de su antiguo condiscípulo Razumíhin. Éste, al observarlo, se queda asombrado de semejante pinta y de inmediato se ofrece a ayudarlo; pero Raskólnikov, asqueado, se larga dejando a su ex compañero hablando sólo y más perplejo de lo que ya estaba. También éste acaba por largarlo al demonio. Raskólnikov regresa a su cuchitril más enfermo que nunca para caer en un delirio que duró varios días, en los cuales, entre sueños, creyó ver y oír a varias personas en su dormitorio.

Prosecución

Lo que sigue es la continuación de los hechos ocurridos en esta historia, que habíamos dejado en suspenso en la primera parte de ésta descripción. El propósito de esta otra narración sigue siendo el mismo, no obstante los cambios inherentes en cuanto a la extensión y el contenido, pues ahora lo que nos ocupa es relatar las causas y motivos que llevaron a Raskólnikov a confesar su crimen y las condiciones en que se llevó acabo su confesión.

Parte II

La confesión de un asesinato

(El infierno)

Al cabo del quinto día Raskólnikov abrió los ojos ya más consiente de sí, aunque seguía estando débil. Lo primero que vio fue a la criada, a Razumíhin y a un desconocido que le traía treinta y cinco rublos de parte de su madre. Su camarada toma a cargo la operación monetaria; ya suelto de la lengua le hace saber que está al tanto de absolutamente todos sus asuntos, y en estos últimos días ha estado al pendiente de él; por su boca se entera que el mismo secretario de policía que lo vio desmayarse en la comisaría estuvo en su apartamento e incluso había buscado su calcetín que, junto con unos pendientes y cadenas, había estado pidiendo durante su delirio. Razumíhin no comprende su interés e insistencia en su delirio y tan sólo le parece un disparate. Por lo que no le da importancia y se concentra en algo más práctico, renovar en el acto el guardarropa de Raskólnikov. Con ese fin sale a la calle, la agitación que había en esos momentos en el espíritu de Raskólnikov difícilmente se podría describir; sólo podemos agregar que, en su desesperación, hace un intento por salir pero no lo consigue porque no halla sus botas por ningún lado; se sume en un acceso de pánico, pues supone que 'ya lo saben todo' y por lo tanto hay una conspiración en su contra. Sin más, se tumba y cae dormido. Al despertar se encuentra como ausente e irritado. Razumíhin, que había estado esperando, lo abruma todavía más con su cháchara de buen comprador a la par que le enseña las prendas recién adquiridas. Raskólnikov apenas comprende y le pregunta con qué dinero se ha comprado todo eso; Razumíhin le responde, un tanto receloso, e inquieto ante su extraña conducta. Zósimov aparece en la puerta e interroga por la salud del enfermo y como una cosa lleva a la otra, Razumíhin hace alusión a la fiesta que dará esa noche en su casa con motivo de su cambio de domicilio; enumera brevemente a los invitados, entre los que se encuentra Porfiri Petróvich y Zamiótov. Este último tenía un asunto pendiente con él, a saber: la defensa de un obrero de nombre Nikolai, quien había sido detenido como el principal sospechoso del asesinato de la vieja prestamista y su hermana, justo antes de que intentara ahorcarse. Tras un breve examen de este caso,

Razumíhin expone la inocencia de este Nikolai y lo estúpido que resulta el razonamiento de la policía al inculparlo: Puesto que Nikolai empeñó unos pendientes (que pertenecían a la vieja) y se bebió el dinero, luego él era el asesino, encubrió su crimen con el aparente juego de chiquillos que sostenía con su compañero Mitri en la entrada del edificio donde asesinaron a la vieja, como después lo constataron Koch, Prestriakov, el portero y su esposa, y otros, en suma, los mismos que cuando pudieron pasar descubrieron el piso vacío y los dos cadáveres. Por su parte Nikolai declaró que había encontrado los pendientes detrás de la puerta al regresar a recoger unas cosas, después de corretear con Mitri; él se enteró del asesinato pasados tres días, había intentado matarse porque pensó que le echarían la culpa, la hipótesis de Razumíhin a su favor consistía en que el estado de ánimo de aquellos mocosos al retozar no correspondía en absoluto al de un asesino. Por lo tanto, Nikolai decía la verdad y entonces había un segundo asesino, el que de verdad mató.

En esas estaban cuando entró un desconocido para todos lo que se hallaban en la habitación, con desagrado mal disimulado se presentó dirigiéndose en especial a Zósimov, se trataba de Piotr Pretovich Lúyin el pretendiente de Dúnya, este está a punto de responder, cuando es interrumpido por Razumíhin que le señala a Raskólnikov que yace tendido en el sofá. Lúyin, evidentemente incómodo y sorprendido, trata de congraciarse con su discurso de antemano preparado con la intención de adular a su nuevo y desconocido pariente, cualquiera que este fuese, con su disertación acerca de las nuevas ideas, los jóvenes y el progreso. Pero jamás esperó encontrarse ante la escena en la que se encontraba envuelto y se veía maltratado, pues su fineza e importancia no eran reconocidas ni respetadas muy al contrario, era tratado con altanería por parte de esos dos harapientos, Raskólnikov y Razumíhin respectivamente. Lúyin expone que sin duda es mejor ver por uno mismo que por el prójimo y en la medida en la que se progresa, mejor se le ayuda; su palabrería no tuvo éxito. Está por marcharse cuando Zósimov y Razumíhin

reanudan la conversación que éste interrumpió con su llegada. Lúyin no puede evitar inmiscuirse con todo y su sabiduría y hace notar, no sin alarma, que *eso* es tan sólo un ejemplo más de la depravación que está sufriendo el estamento civil. Razumíhin por su parte explica el fenómeno diciendo que eso sucede porque ahora se quiere comer sin trabajar. Lúyin no consiente que eso sea a costa de los principios y la moral. Raskólnikov, hasta ese momento silencioso, le hace ver la hipocresía que hay en sus palabras, pues le restriega en la cara su modo de proceder para con su hermana. Lúyin no puede tolerar semejante insolencia y sale sumamente ofendido, ya que contaba con su agradecimiento eterno por socorrerlo de la miseria. Raskólnikov, muy excitado arremete, contra Razumíhin que intentaba sosegarlo. Zósimov le hace señas y todos salen. Ya afuera médico y amigo comentan que lo único que le parece interesar a Raskólnikov es el asesinato de la vieja prestamista y su hermana, mientras tanto Raskólnikov se viste, coge el resto de los treinta y cinco rublos y sale a la calle, divaga, se detiene a escuchar una canción callejera. Curiosamente su estado de ánimo está sosegado va a parar a una callejuela llena de bullicio y de establecimientos en los que se vende comida y bebida, es abordado por una bella chica, dirige sus pasos hacia el palacio de cristal, se instala, ordena té y los periódicos de los últimos cinco días. Entre los concurrentes cree distinguir a Zamiótov, pero enseguida se olvida de él y se concentra en la nota de la vieja asesinada. Sin notarlo, de pronto frente a él se encuentra el secretario de policía, se diría que un deleite morboso casi lo lleva a confesarle abiertamente su crimen, pues en absoluto oculta el motivo de los diarios en su mesa, pretexto que les sirve para enfrascarse en una discusión tensa y acalorada que culmina con lo que Raskólnikov haría con el botín en caso de ser el asesino. Aunque por momentos parecía olvidarse de la presencia de Zamiótov. Raskólnikov, dejándose llevar por quién sabe qué deseo irrefrenable de confesar su crimen, sin poderse contener más le espeta, en plena cara que él mató a la vieja. Zamiótov lo mira perplejo, apenas puede creer lo que ha oído, pero vuelve a caer

en la ambigüedad de las palabras al ser 'atrapado' por su astuto interlocutor. Este último no puede evitar soliviantar aún más al secretario de policía y le muestra los casi veinticinco rublos, Zamiótov queda sumido en profunda reflexión. Al salir Raskólnikov, casi choca de frente con Razumíhin que, furibundo, empieza a sermonearlo. Raskólnikov hasta la coronilla de él y sus cuidados lo manda a paseo. Ya no puede soportar más y decide 'acabar con todo', con ese propósito se encamina hacia el Neva, ensimismado, olvidado de todo, contempla el agua. Una desconocida se le adelanta y se arroja al agua. Cambia de idea y decide ir a la comisaría, pero de nuevo sus pasos toman un rumbo diferente y lo llevan al apartamento de la vieja, donde se encuentra con dos obreros que se encargan de restaurar el piso, hace caso omiso de ellos y tira de la campanilla, el sonido vuelve a vibrar en él, antes o después pregunta si han lavado la sangre, ante el desconcierto de los trabajadores agrega que está interesado en alquilar el piso. El mayor de los desconcertados le pregunta quién es y qué es lo quiere, Raskólnikov repite lo que ya había dicho pero si quieren saber algo más los incita a que lo lleven a la comisaría y ahí lo 'dira todo'. Los tres se encaminan hacia la salida, el mayor de los obreros da cuenta al portero y a los que con él se encuentran de la conducta tan extraña de ese desconocido. Frente a éstos, Raskólnikov insiste en que lo lleven a la comisaría. Para su fortuna, es tomado por un loco o un borracho y lo único que consigue es ser arrojado a la calle, aunque en el barullo, una voz se escuchaba decir; --¡llevadle a la comisaría!

Raskólnikov había resuelto entregarse, y muy probablemente lo hubiera hecho, sino fuera porque en su camino se cruzó con Marmeládov, aunque éste ya antes se le había cruzado a un carruaje, y yacía tendido en el arrollo rodeado de una multitud de curiosos. Raskólnikov lo reconoció pese a lo desfigurado de su rostro y la sangre, y de algún modo se las arregló para llevar al herido a su casa. Katerína Ivánovna se encontraba monologando con la mayor de sus pequeños, que la escuchaba con cara de comprenderlo todo: otro pequeño esperaba turno

para ser desnudado, la mujer esperaba con impaciencia al marido, también para desnudarlo y así lavar la ropa de todos, por la noche. De pronto se escucharon voces en la escalera, luego un policía asomó la cabeza y preguntó que en 'dónde lo ponían'. Fue entonces cuando Katerína Ivánovna vio a su marido todo ensangrentado; de inmediato se apresuró a socorrerlo; el piso se llenó de intrusos, en medio de la confusión la patrona llegó y discutió con Katerína Ivánovna que no obstante lo grotesco de la escena, 'la puso en su lugar'; luego mandó a Pólenka en busca de Sonya. Mientras tanto Marmeládov agonizaba, pero todavía reconoció a los pequeños vestiditos con sus harapos y se le rompió el corazón, quiso pedirle perdón a su esposa, pero no pudo; ésta lo interpreto y le dijo "calla no hace falta, sé lo que quieres decir". Por último una muchachita toda emperifollada, con perifollos burdos, captó su atención. En la figurita extraña reconoció a Sonya, su hija, que esperaba turno para despedirse. Marmeládov hace un esfuerzo sobrehumano para levantarse, cae, Sonya corre hacía él y lo estrecha en su brazos, donde muere. Raskólnikov sin pensar en lo que hacía, al salir deja todo el dinero que llevaba encima para los gastos; en el umbral se cruza con Ilya Petróvich; poco más adelante fue alcanzado por Pólenka, que le da las gracias de parte de su hermana y madre, y le pregunta su nombre y su dirección, el encuentro con la muerte influye de manera benéfica en el espíritu de Raskólnikov; éste se siente renovado, su vida no ha terminado aún. Con esta convicción se dirige al departamento de Razumíhin; lo encuentra bebido y acalorado por una reciente discusión; Zósimov, que se encontraba entre los convidados lo examina y prescribe descanso y la ingestión de ciertos polvos. Razumíhin se ofrece acompañarlo y de paso respirar aire fresco; borracho como está se vuelve a ir de lengua y le revela que hay sospechas incubándose en su contra. Raskólnikov se excusa débilmente, pero Razumíhin le dice que toda está perfectamente claro, que no hay nada que explicar. Al llegar, ven luz en el interior del apartamento; Raskólnikov piensa que es el fin y se despide de su compañero, quien a su vez no

pude evitar sospechar él mismo un poco. Al abrir se encuentran con la criada, su madre y su hermana; estas últimas se hayan sumidas en un mar de angustia, desesperación y lágrimas; Raskólnikov cae desmayado.

Cuando Raskólnikov abrió los ojos, se encontró tendido en el sofá; más irritado que contento, sostiene un coloquio parco y sombrío con las dos mujeres recién llegadas, el cual no llega a buen término, pues él no consiente ni consentirá que el matrimonio entre Lúyin y su hermana se realice, mucho menos para salvarlo a él. Por otro lado, Razumíhin, viendo la agitación de que era presa Raskólnikov, consigue hacer que las dos damas abandonen el cuarto, pues le harán un mejor bien si lo dejan descansar. Ya en la calle presa del furor alcohólico, Razumíhin se prenda de Dúnya, el colmo de este arranque de pasión fue cuando se arrodilló en plena calle a besar las manos de las dos damas de las cuales él era indigno y terminó comprometiéndose a llevar información sobre la salud del enfermo dos veces esa misma noche, una vez él mismo y la otra acompañado por el propio médico. Cumple su palabra, borracho como estaba.

A la mañana siguiente Razumíhin va por las dos mujeres. Por conducto de ellas, se entera que Lúyin ha escrito una carta en la se disculpa por no haber ido en persona a recogerlas y les notifica que esa misma noche les hará un visita y que espera no encontrarse por ningún motivo con Raskólnikov. La madre y la hermana no saben cómo tomar aquello, Razumíhin aconseja no ocultarle nada a Raskólnikov. Al llegar al camarote de Raskólnikov, lo encontraron cambiado y acicalado en compañía de Zósimov, que diagnostica una pronta mejoría y se queda a observar el desarrollo de la entrevista familiar con un interés puramente científico. Raskólnikov, ya más repuesto pero aún con actitud hosca y casi obligada, responde a las muestras de cariño que le prodigan su madre y su hermana. Se disculpa por su brusquedad de la noche anterior, pero afirma que en lo tocante al matrimonio de su hermana con Lúyin no dará marcha a tras. Las mujeres le dan a leer la carta de Lúyin, hace un par de observaciones en cuanto a

la forma, y en lo relativo al contenido subraya que Lúyin ha levantado una calumnia en su contra, en esas están, cuando se abre la puerta y una figura femenina hace su aparición. Se trata de Sonya que, en extremo tímida y apocada, es presentada por él a su madre y hermana, quienes ya habían oído hablar de ella por conducto de la dichosa carta. Sonya, visiblemente afectada, apenas si se atreve a respirar; toda turbada, intenta agradecer el gesto que tuvo con ella y su madrastra la noche anterior, y lo invita a la comida de exequias que dará Katerína Ivánovna en honor del difunto al día siguiente. Raskólnikov le insiste para que se quede. Zósimov decide marcharse; las mujeres lo imitan pero no sin antes haber acordado que comerían juntos. Al final sólo quedan Sonya, Razumíhin y Raskólnikov quien le dice a la mujercita que irá a visitarla esa misma noche. Ella apenas si comprende lo que él le ha dicho, en su turbación no nota que de camino a su casa un extraño la va siguiendo, mientras tanto Razumíhin y Raskólnikov se dirigen a la casa de Porfiri Petróvich con la intención explícita de señalar como suyos el reloj de su difunto padre y el anillo Dúnya. Se había enterado que dichos objetos estaban en posesión de la policía y que ésta estaba interrogando a los clientes; así pues se dirigía ahí con la intención implícita de averiguar si Porfiri sabía que había estado en el piso de la vieja la noche anterior. Razumíhin y Raskólnikov entran a casa de Porfiri riendo, pues de camino habían bromeado sobre cierto asuntillo que sonrojaba, halagaba e irritaba al desparpajado de Razumíhin, todo a un mismo tiempo.

Pero cual no sería su sorpresa al encontrar ahí al secretario de policía que lo vio desmayarse, el mismo que había buscado su calcetín y a quien una noche antes le había espetado que él era el asesino. Así pues se encontraba Zamiótov reunido con el juez de instrucción, se habían conocido en el jolgorio de Razumíhin y ahora seguramente hablaban acerca de él. Raskólnikov fingió no darle importancia a este nuevo imprevisto. Por su parte Porfiri los recibió con reserva y observó con cierta suspicacia la algarabía de los recién llegados. Raskólnikov es presentado y expone

el motivo de su visita, aparentando preocupación e interés sentimental por los objetos empeñados, a la par que intentaba adivinar si Porfiri esta ya enterado de su visita al departamento de la vieja. No lo estaba; sin embargo, sí tenía otros motivos de sospecha. La conversación que siguió se llevó acabo en un ambiente de tensión y sospecha no declarada. Con pretexto de la discusión de la noche anterior en casa de Razumíhin, se abordó el tema de la existencia y la causa del delito; los trasnochados, según se refirió, sostenían una idea con trazas de socialismo, en la cual la causa y existencia del delito estribaba en las condiciones materiales que la sociedad propiciaba, pues ésta era una anomalía que podía ser corregida si desaparecía la causa del error en la sociedad. Porfiri no dejó pasar la oportunidad para hacer alusión al artículo publicado en la revista *periódica* cuyo autor era Raskólnikov. Según Porfiri, ahí afirmaba Raskólnikov que había cierta clase de hombres que tenían derecho al delito y a quienes no era aplicable la ley. Raskólnikov consiente en jugar el juego de Porfiri, y le responde todas las preguntas que astutamente éste le hace con fingida inocencia. Sus preguntas estaban dirigidas a escarnecer a Raskólnikov y así obligarlo a delatarse. El interrogatorio culmina con insinuación más que directa a la idea que Raskólnikov tenía de sí mismo como hombre superior: Raskólnikov no puede menos que negarlo, entonces Porfiri ya sin disimulo alguno, a boca de jarro cuestiona sobre sí él mismo sería capaz de robar y matar en consecuencia, sólo para tener con que solventar las dificultades y estrecheses cotidianas. Raskólnikov responde que eso no se lo diría a él y que no siendo un nuevo Mahoma no le puede responder lo que haría en todo caso. Porfiri comenta entonces que quién no se tiene por un nuevo Napoleón en estos días. Zamiótov, que no había hablado, desde su rincón remata diciendo que si no habrá sido uno de esos Napoleones del futuro el que mató a Lizaveta Ivánovna y su hermana. Se despiden tensos, sombríos y adustos. Una vez en la calle, Raskólnikov respira profundamente y abiertamente comenta con Razumíhin lo extraño del comportamiento de Porfiri, pues a ojos vistas

sospecha de él. Razumíhin no puede menos que reconocerlo, pero la fe ciega que tiene en su camarada le hace exclamar que no hay de qué preocuparse, porque a fin de cuentas a ellos qué le importa lo que los demás piensen. Están por llegar con la madre y la hermana de Raskólnikov cuando éste, de súbito, se separa para dirigirse a toda prisa a su camarote, dejando a Razumíhin desconcertado con la misión de tranquilizar a las mujeres. Una vez ahí, se puso a hurgar el lugar donde había escondido el botín la primera vez, pues no fuera a ser que durante su ausencia hicieran un registro y encontraran una prueba irrefutable en su contra. Pero nada. Tomó la gorra para volver a salir cuando le aconteció algo de lo más singular: en la puerta se encontró con el portero y un desconocido que en ese momento preguntaba por él. El extraño lo miró con resentimiento y odio y echó a caminar. Raskólnikov le dio alcance y le preguntó qué era lo que quería, el extraño lo encaró y volvió a mirarlo con aquella mirada, y muy claramente le dijo: – “asesino” --. Raskólnikov, atontado por la reciente e inesperada impresión, regresa e interroga, sin resultado, al portero sobre la identidad del desconocido. Con calosfríos se tiende en el sofá y, sin darse cuenta en qué momento se queda dormido se hunde en una pesadilla, en la que su mala conciencia hace escarnio de él; veía a la vieja muerta reírse con cada nuevo hachazo que él le propinaba. Despertó, pero por un instante creyó seguir soñando; de nuevo había un extraño frente a él y lo observaba, finalmente lo encara y éste se presenta. Se trataba de Svidrigáilov con una propuesta que hacerle con relación a Dúnya, pues estaba determinado a verla con o sin su ayuda; pero convenía ambos negociar una entrevista con ella, dado que ambos estaban en desacuerdo con el casamiento de ésta con Lúyin. Svidrigáilov tiene pensado dejarle algún dinero que no le es necesario; Raskólnikov lo manda a paseo, pero Svidrigáilov no se amilana. Ya para terminar le informa que la difunta Marfa Petróvna se acordó de Dúnya en su testamento y le ha dejado la cantidad de tres mil rublos de los cuales podrá disponer en más o menos dos semanas. Se separan con fingida indiferencia,

Razumíhin al ir en busca de Raskólnikov para asistir a la entrevista con Lúyin que se llevará a cabo dentro de poco en casa de Bakaleyev, casi choca con el enigmático personaje que acababa de salir. Raskólnikov, de camino, lo pone al tanto de la identidad del desconocido y le revela la inquietud que le causa. Se encuentran con Lúyin en las escaleras que conducían al departamento donde estaban hospedadas las dos mujeres, entran juntos. Lúyin se entretiene en la puerta y toma asiento con el talante de aquellos a quienes se ha ofendido pero que aún conservan la dignidad. Hace las preguntas que obliga la cortesía, y, a un comentario de Pulhería Aleksándrovna, Lúyin no deja pasar la oportunidad de envenenarlas con la noticia de que Svidrigáilov se encuentra en Petersburgo con quien sabe qué negras intenciones. Pues qué otra cosa puede esperarse de un hombre tan abominable como él, no en balde estuvo en la cárcel acusado de un crimen atroz, y de no haber sido por la influencia y el dinero de la difunta, ahí se hubiera quedado. Raskólnikov, que se había limitado a escuchar, confirma la llegada de Svidrigáilov y agrega que incluso ha hablado con él y que tiene que hacerle una propuesta de su parte a Dúnya. Y concluye con la noticia de los tres mil rublos que le ha dejado la difunta Marfa Petróvna. Lúyin, todo avinagrado y sumamente ofendido, anuncia su retirada, sin dejar de insinuar que de ese modo tendrán tiempo para discurrir con mayor libertad sobre la propuesta de Svidrigáilov. Además, él tampoco puede hablar de ciertos asuntos de la mayor importancia en presencia de Raskólnikov. Dúnya le ruega que se quede por favor, pues tienen que arreglar las diferencias que hay entre él y su hermano, y hacer las paces, de lo contrario se verá obligada a elegir entre uno de los dos y en tal caso quiere tomar la decisión correcta. Lúyin, ya no sólo ofendido sino insultado, por esa tan desigual comparación, replica que hay ofensas que no pueden ser perdonadas, no obstante la situación privilegiada en que se encuentra, respecto a ella. Dúnya trata de tranquilizarlo y apela a su sensatez, y una vez más pone al mismo nivel al pretendiente y al hermano. Lúyin se ofende todavía más y alega que el amor que

se le debe al futuro marido debe estar por encima de todo. Dúnya no lo puede sufrir y comienza a sulfurarse, pues lo ha puesto a la par de lo que hasta el momento ha sido lo más sagrado para ella y éste se ofende. Lúyin, envalentonado, insensatamente se atreve a pedir una explicación por no haber sido atendido su ruego más encarecido a la par de que acusa a la madre de haber torcido y comunicado sus palabras a Raskólnikov, quien las ridiculiza y lo atacó con ellas. Pulhería Aleksándrovna, no comprende muy bien, y se limita a decir que ella las comunicó tal como las entendió. Y que lejos de tergiversar sus palabras ella y su hija, confían en ellas, la prueba de ello es su presencia en Petersburgo. Luego, más segura de sí le hace notar a Lúyin que se la pasa culpando a Raskólnikov, cuando el mismo en la carta que envió por la mañana, calumnia a Raskólnikov y Sonya, Lúyin se defiende diciendo que no hay un sólo renglón injusto, pues en efecto Raskólnikov derrochó el dinero y en cuanto a Sonya, afirma que la miseria no justifica la indignidad. Lúyin todavía ironiza sobre sí Raskólnikov aceptaría en su círculo familiar a alguien como Sonya. Raskólnikov lo entera de que ya lo ha hecho. Lúyin todo triunfante, en el colmo de la insensatez, se levanta para dejarles hablar a gusto y pide como si ordenara, que en lo sucesivo se le eviten encuentros desagradables como este. La madre hace un último intento de conciliación y ratifica las buenas intenciones con las que se había planeado la entrevista, luego él les habla como si diera ordenes, como si estuvieran en su poder y se vieran obligadas a obedecerle, sin ponerse a pensar que a él le corresponde ser atento y delicado con ellas, pues lo han abandonado todo, no obstante, él se comporta como si contara con su pobreza para someterlas. Lúyin, responde que a juzgar por el nuevo tono con que la madre le habla, los tres mil rublos han sido muy oportunos, y dada esta nueva situación ya no puede contar con su miseria, todo lo dice un tono hiriente. Lúyin ha mostrado el cobre, Raskólnikov se lo hace ver a su hermana y ésta que ya no lo puede sufrir ni un momento más, echa a la calle a Lúyin, quien a su vez no puede creer lo que esta

ocurriendo y amenazado con irse para siempre, incita Dúnya a pensar lo bien. Dúnya, que ya no lo puede sufrir más, fortalece su postura, la madre que en ese momento cobra conciencia del gravísimo error de haber confiado en alguien como él apoya la decisión de su hija. Lúyin todo desconcertado por semejante desenlace, hace alusión a la obra de caridad que él había hecho al aceptar a Dúnya, sobre todo con las cosas que se decían de ella, sin olvidar que había incurrido en gastos. Dúnya que no lo pudo padecer ni un sólo momento más lo echa a gritos. Lúyin ya en la escalera no da crédito a lo sucedido y culpa de todo a Raskólnikov, sin embargo, aun conserva la esperanza de que el asunto con las damas sea todavía recuperable.

A la retirada de Lúyin siguió una escena medianamente familiar en la que con júbilo se trazan planes para el futuro. Razumíhin peroraba más que contento, todo había pasado ya, invitaba las mujeres a montar una casa editorial conjuntamente, él conocía bien el oficio, tenía los contactos y conocimientos necesarios para hacerse cargo de su buen funcionamiento, todo lo que se necesitaba era una inversión inicial de tres mil rublos, de los cuales podían aportar ellas mil quinientos y mil quinientos rublos él. Hasta Raskólnikov que estaba como ausente aprobó la idea, incluso él conocía dos títulos que irían muy bien, luego volvió a caer en el silencio reflexivo de antes, del que sólo salió para revelar su intención de marcharse. Mientras tanto Razumíhin seguía perorando sobre las dificultades y vicisitudes que les saldrían al paso, Raskólnikov hizo ademán de salir, lo que provocó el sobre salto y desconcierto de todos los ahí reunidos. Raskólnikov calmó los aspavientos diciendo que no se iba para siempre, aunque tras breve reflexión agregó que, tal vez si era la última vez que se veían, las mujeres se quedaron de una pieza ante estas negras y enigmáticas palabras. Razumíhin, salió enseguida tras él y lo alcanzó en la escalera donde, Raskólnikov, puso a éste al cuidado de su madre y hermana, luego lo miró con tal intensidad que le hizo comprender algo. Y lo que Razumíhin, entonces comprendió lo

estremeció hasta lo más vivo, en seguida regresó a tranquilizar a las mujeres. Raskólnikov, salió sin demora con dirección a la casa de Sonya. Sonya al oír ruidos fuera de su casa, salió a ver, y al reconocerlo lo hizo pasar, ya adentro Raskólnikov observó sin delicadeza la pobreza de la habitación. Momentos después le preguntó si era verdad que Katerína Ivánovna le pegaba, Sonya lo negó diciendo, que eso era imposible, alguien con un corazón cómo el de ella sería incapaz, aunque si bien era cierto que ella fantaseaba un poco y luego creía en sus propias fantasías. Y lo hacía porque había sufrido mucho, y ella Sonya, se lo daba todo, a ella y los pequeños. Raskólnikov no deja de ironizar sobre este punto, la muchacha le responde, que también él se ha quedado sin un ochavo por socorrerla y eso que no había visto nada. Sonya contó algo más sobre Katerína Ivánovna. Y Raskólnikov aprovechó para hacer preguntas que atormentaban a Sonya, porque la ponían frente a su realidad. A cada pregunta, Sonya se limitaba a decir que Dios no lo permitiría, entonces Raskólnikov insinuó que tal vez no hubiese ningún Dios. Sonya, perpleja contemplaba a la grotesca figura, de cuya boca salían palabras tan horribles, luego él, le dijo; que tal vez ella estaba igual de loca que Katerína Ivánovna, de pronto, se arrodilló y le besó el pie. Sonya asustada no alcanzaba a comprender por qué ese sujeto de mirada enloquecida, se comportaba de tan extraña manera. Raskólnikov volvió a la carga, haciéndole ver, el inevitable destino de Katerína Ivánovna y los niños; en el fondo, con su sacrificio no ayudaba a nadie. Quería saber, cómo era posible vivir en la deshonra y la vergüenza y luego tener sentimientos puros. Eso sí que era horrible. Y en tal caso más valdría arrojarse por la ventana. Sonya, apenas dio muestra de asombro por esta última idea. Raskólnikov, se dio cuenta, entonces, de que ella ya había pensado en 'acabar con todo', luego se preguntó para sus adentros, qué era lo que había mantenido a salvo a Sonya hasta el momento, siguió rumiando y ahondando más en el alma de Sonya, hasta que cayó en la cuenta, de que se había detenido por amor a *ellos*: Katerína Ivánovna, los niños y Dios.

Raskólnikov se preguntó por el destino deplorable de Sonya, y tres posibilidades se abrieron ante él: el manicomio, la muerte o la depravación; luego posó sus ojos en un viejo y sobado libro, se trataba del nuevo testamento, le pidió a Sonya, que le buscara el pasaje dónde se encontraba la resurrección de Lázaro;-- encuétralo y léemelo—le dijo—a Sonya. Ella se rehúso, él insistió y la muchacha se volvió a resistir, para qué, no tenía sentido él no creía. Pero la verdad era también que al hacerlo revelaría un secreto, se traicionaría así misma. Raskólnikov, se daba cuenta de ello y la instaba a que lo leyese, finalmente Sonya con voz trémula hizo el intento, pero la voz se le quebró, lo intentó nuevamente, hartó emocionada y conmovida, finalmente con voz trémula y cortada leyó todo el pasaje, concluyó, y ambos cerraron el libro. Fue entonces que Raskólnikov, intentó explicarle el motivo de su visita, le dijo que había venido por ella, por qué no tenía a nadie más en el mundo, Sonya comprendía cada vez menos, él la exhortaba a que cobrara conciencia de su situación y se fuera con él. Antes de marcharse le prometió que, en caso de regresar al día siguiente le revelaría la identidad del asesino de Lizaveta.

Svidrigáilov que se hospedaba en la casa contigua, había escuchado con todo detalle y mucha atención cada palabra, de tan singular conversación.

A la mañana siguiente Raskólnikov se dirigió a la comisaría, al departamento de investigación criminal, cuando llegó, contrario a lo que esperaba, nadie pareció reparar en él, de hecho lo hicieron esperar. Pasados diez minutos, Porfiri lo hizo pasar a su oficina amueblada, con muebles de hechura gubernamental, lo invitó a sentarse y acto seguido empezó a rebotar por toda la habitación, mientras parloteaba sin razón aparente, sobre el piso en el que se encontraban. Raskólnikov no dejó de notar un rastro de excitación, cómo sí lo hubiera atrapado en algo que el otro no quería que se enterara. Porfiri seguía perorando, entonces Raskólnikov le hace ver que, en ciertos procesos judiciales se distrae la atención, deliberadamente, del interrogado, hablándole de cualquier otro tema, y de repente

¡zas! se le hacía una pregunta que este no esperaba, poniéndole en evidencia, al hacerlo traicionarse, a sí mismo. Porfiri al escucharlo comienza a reírse en su cara, Raskólnikov comienza a reír también, el juez de instrucción al verlo se convulsa con una risa casi histérica que le desfiguró el rostro. Raskólnikov se quedó con el seño fruncido y adusto, en su fuero interno había decidido no caer en ninguna de las trampas y provocaciones de Porfiri, de pronto, le anuncia que, si no tiene algo que decirle se marchará, pues tiene cosas que hacer. Porfiri como sorprendido lo tranquiliza diciéndole que no se tome tan apecho su actitud de payaso, es sólo que así lo ha hecho Dios, le a dado una figura que sólo causa risa.

Raskólnikov se sentó por segunda ocasión, pero esta vez no soltó la gorra, Porfiri seguía comportándose de una manera extraña, cómo si ocultara algo, no paraba de parlotear. En determinado momento dirigió la monserga, en tono casual, casi amistoso, sobre ciertos procedimientos judiciales en los que se ganaba más hablándole cómo a un amigo, al interrogado, que en la *debida forma*. Era evidente que Porfiri, astuto y malicioso, estaba jugando con Raskólnikov, y se reía en sus propias barbas. Casi lo enloquecía y fingía no saber nada. Raskólnikov, había decidido reforzar la guardia y estar muy atento a cada gesto de Porfiri, pero sobre todo tenía que hacer un esfuerzo mayor para no dejar que su odio y su cólera lo traicionaran. Porfiri siguió hablando de Raskólnikov, pero en tercera persona, se refería a él; como un caso, en el que X sujeto, que sabe de antemano, que es criminal, no se le detiene inmediatamente, porque se sabe, que ese sujeto acudirá por su propia voluntad a él, juez de instrucción, para preguntarle por qué no le han detenido todavía. Se paseará, se atormentará, sentirá vértigo y desasosiego, y luego ¡paf! Caerá en la llama. Raskólnikov escuchaba todo esto, sombrío y pálido. Porfiri ya no jugaba con él, le estaba haciendo saber que ya lo tenía, y que si no lo había detenido era porque esperaba que el propio Raskólnikov, le propiciara una prueba irrefutable en su contra. Porfiri, también le hace saber que, en el caso, poco probable, de que intente escapar, ha tomado precauciones.

Ante el silencio de Raskólnikov, Porfiri siguió provocándolo, burlándose atrevidamente de las acciones y palabras, hechas y dichas, en determinados momentos por Raskólnikov. Le habló de Napoleón, lo comparó con él y lo ridiculizó. Había una palidez convulsa en el rostro de Raskólnikov, que alarmó aparentemente al juez de instrucción, y en seguida corrió a traerle un vaso con agua, abrió la ventanas para 'ventilar la habitación', finalmente Raskólnikov, lo corta con una carcajada, que a su vez provocó, la hilaridad cargada de burla, de Porfiri. Raskólnikov lo cortó en seco, y le dijo que al fin veía claramente que sospechaba de él, y si tenía que procesarlo que lo procesara de la debida forma. Pero en ningún caso le consentiría que se burlara de él, se dejó llevar por la ira y el arrebato, gritó que no lo consentía, que no lo consentía, y dio un par de puñetazos en el escritorio. Porfiri, con fingida alarma insistió en que bebiera, del vaso con agua, de nuevo fue rechazado, el juez de instrucción siguió azuzando a Raskólnikov, ahora con la cantaleta, de que tenía que cuidar de su salud, de lo contrario enloquecería. Porfiri, le menciona que está enterado de la visita que él (Raskólnikov) ha hecho, a la víspera de la noche anterior, al apartamento donde habían matado a la vieja, sabía que tiró de la campanilla, y que había preguntado por la sangre. Raskólnikov no podía creer lo que escuchaba, se preguntaba cómo era que se había enterado. Porfiri seguía mostrándose jovial, distraído y hasta ocurrente, pero la verdad, es que no paraba de acosar a Raskólnikov, enterándolo de cosas que no tenía porque decirle, poniéndole como ejemplo un caso psicopatológico, atosigándolo con el delirio y la enfermedad, con Razumíhin, su madre y su hermana, riéndose y burlándose, hasta que Raskólnikov estalla por segunda vez. Porfiri ni siquiera se inmuta, sigue jugando, ahora finge no sospechar lo más mínimo de Raskólnikov, pues en caso de sospechar de él, ¿no lo habría detenido ya? ¿no habría mandado a efectuar un registro? ¿o hubiera fingido no saber nada? para de pronto ¡zas! hacerle un pregunta inesperada, con la información que él suponía que, no sabía y ¡paf! agarrarlo desprevenido.

Pero por el contrario si sospechara de él ¿A caso se comportaría tal cómo lo está haciendo? ¿Insistiría en poner en sus manos datos valiosísimos como lo ha hecho? Por lo tanto no sospecha de él. Porfiri en efecto estaba actuando de manera invertida a la lógica que Raskólnikov, le había planteado, éste último se encontraba, desconcertado, furioso, ante semejante descaro e instó a el juez de instrucción, a que le dijera de una buena vez sí lo consideraba libre de sospecha o no. Porfiri que ya no se cuidaba en lo absoluto de él, se reía de su turbación. Raskólnikov dio un puñetazo en el escritorio, acto seguido, Porfiri lo obliga a calmar sus ímpetus, para entonces Raskólnikov ya había caído en la cuenta, de que el juego de Porfiri era exasperarlo. Que en concreto no tenía nada, y así se lo hace saber, de modo que coge la gorra para marcharse, pero entonces, Porfiri le dice que si no quiere quedarse para ver su sorpresita. Raskólnikov lo manada a volar, no obstante se acerca a la puerta señalada por Porfiri, y alcanza a escuchar algo así como un estertor. Raskólnikov estaba frenético, y Porfiri se burlaba con todo descaro, ambos habían llegado al límite, algo estaba por suceder, pero lo que sucedió sin duda ninguno de los dos siquiera imaginó: se escucharon voces, ruidos como forcejeos de detrás de la puerta, que en ese momento, se abrió y apareció Nikolai, cayó de rodillas y como ido declaró; –yo soy el asesino. Yo maté a la vieja Alióna y a su hermana Lizaveta. El lugar se lleno de curiosos y gente que quería ver lo que pasaba. Porfiri a ojos vistas estaba desconcertado, reprochó lo inoportuno de ésta aparición, Nikolai como en transe, en medió de todo, quería declarar. Raskólnikov observaba la escena desde un rincón. Porfiri caló enseguida que el infortunado obrero mentía, pero ya era demasiado tarde, su sorpresita se había echado a perder, ahora no tenía más remedio que despedir a Raskólnikov que asombrosamente, se había salvado, y, él se daba cuenta de ello. Ambos contendientes se separan, y al estrecharse las manos se dan cuenta de ambos están temblando; sin embargo aún en las últimas palabras seguían escarneciéndose. Raskólnikov ya estaba en camino de la puerta de salida cuando es alcanzado por

Porfiri para decirle que ya tendrían ocasión de volver a verse porque tenía que hablar con él de manera quizá menos casual. Al salir Raskólnikov, se dirigió a su camarote, sin un motivo aparente, de camino su estado de ánimo era análogo al de un condenado a muerte, al que repentinamente se le perdona la vida. Al llegar se entretiene cavilando en lo que le acaba de suceder, y en lo que tiene que hacer enseguida, ir a la comida de exequias. Ya en el cuchitril, de pronto, se entreabrió la puerta y en el umbral de su apareció la figura del viejecillo que el día anterior le había gritado asesino. Se quedaron mirando y el viejecillo le pidió perdón por sus malos pensamientos, casi tocando el suelo, la simpleza del viejecillo le confirmó a Raskólnikov, que Porfiri no tenía nada, sólo sus sospechas y su psicología.

En tanto, todo esto sucedía, Piotr Petróvich Lúyin hacía sus propios preparativos para la comida de exequias que Katerína Ivánovna, daría en honor de su difunto esposo. Lúyin, se encontraba hospedado desde su llegada a Petersburgo, desde hace más o menos diez días, en casa de Lebeziátnikov, antiguo discípulo suyo. Demás está decir que esperaba sacar ventaja, de este jovenzuelo, que había resultado ser un farsante, a los ojos de Lúyin, pues lo tenía como a un joven avisado, con buenas relaciones con los jóvenes de hoy y sus ideas, pero ahora a sus ojos era todo lo contrario. Lebeziátnikov, con cualquier pretexto se arrancaba a hablar hasta por los codos, de una nueva organización social, la organización social perfecta, ahora el pretexto se lo daba la reciente ruptura con Dúnya. En esta sociedad moderna, alegaba el jovenzuelo, no habría necesidad de matrimonios legales, pues todo se llevaría a cabo por libre voluntad, sin más, incluso los cuernos que se podría llegar a llevar, cualquier marido, serían un honor. Lúyin, no podía dejar de hacer escarnio de esta tan singular forma de pensar, de este modo pasaban el rato, entre un escarnio y otro, Lúyin, contaba una fuerte cantidad de dinero con ayuda de un ábaco. Luego como sí a propósito le recordó, la reciente azotaína en la que se había visto envuelto con Katerína Ivánovna. Lebeziátnikov arguyó que todo había sido un mal entendido, Lúyin, le prestó poca atención y luego como si

tal cosa le preguntó si Raskólnikov ya había llegado a la ya mencionada comida. La respuesta fue afirmativa. Acto seguido mandó a traer a Sonya, por conducto de Lebeziátnikov, ésta llegó y se llevó acabo una breve entrevista, entre Lúyin y la turbada Sonya, en la que Lúyin fingiendo buenas intenciones se ofrece a ayudar con algo, tal vez una lotería o algo por el estilo, de momento sólo la podía ayudar a la viuda con un billete de diez rublos, que entrega en las manos a Sonya. A la par, que secretamente le introduce un billete de cien rublos en la bolsa derecha del vestido, de Sonya, que nerviosa como estaba, no notó nada. Lebeziátnikov observaba desde la ventana, acto seguido, Sonya se dirigió a la casa de Katerína Ivánovna, dónde la absurda comida de exequias se llevaba, con no muy buenos presagios para el futuro inmediato. En la desquiciada cabeza de Katerína Ivánovna se avecinaba una tormenta que prometía acabar con todo: dos eran los nubarrones principales, el primero era la Patrona Amalia Ivánovna, que había quedado a cargo de hacer las invitaciones y de preparar la mesa, lo segundo lo había hecho más que medianamente bien, incluso su propia su vajilla de plata yacía en la mesa, junto con todos los otros enseres y viandas para el pisolabis, y toda endomingada, con lo mejor que tenía, esperaba la llegada de la comitiva. Por el otro lado, la segunda causa de tormenta, estaba compuesto por lo miserable de la comitiva que asistió a su casa, nadie de las personalidades importantes, que Katerína Ivánovna esperaba, se había dignado asistir, entre ellas una dama y su hija, Piotr Petróvich e incluso el zarrapastroso de Lebeziátnikov. En su lugar había un borrachín, unos polacos desconocidos, un viejo jubilado, entre otros, sujetos no menos desconocidos y pintorescos. Katerína Ivánovna pensó con su loca cabeza, que la patrona quería humillarla y había llevado a ese atajo de payasos, con ese fin. Y de inmediato culpó a la patrona de todo y decidió ajustar cuentas más adelante. Por lo pronto la trataría con marcado desdén, y así lo hizo, lo que provocó que la patrona no menos loca y arrebatada se enfrascara con ella en una trifulca, en la cual, la patrona la ofendía y viceversa, sólo que Katerína Ivánovna

respondía con mayor tino y sorna, la escena se desarrollaba en un ambiente de grotesca comedia, los convidados algunos ya borrachos, las azuzaban, hasta que la patrona hirió en lo más vivo a Katerína Ivánovna, aludiendo al oficio que desempeñaba Sonya. La pelea había llegado al límite, entonces de improviso apareció Piotr Petróvich, haciéndose lugar. Cuando estuvo en posición de ser escuchado por todo el mundo declaró, más bien acusó a Sonya, de haberle robado un billete de cien rublos en pago de su generosidad. En seguida muy a su estilo relató la escena ya referida con Sonya, en el apartamento de Lebeziátnikov. Todo era confusión y clamor, en el apartamento de Katerína Ivánovna, quien por su parte ya no pudo resistir este nuevo ataque en contra de Sonya, y se puso fuera de sí. Defendió a Sonya con uñas y dientes, pero Lúyin seguía firme, lo peor de todo llegó cuando Katerína Ivánovna arrancó uno tras otro los bolsillos del vestido de Sonya, y del bolsillo derecho cayó el billete de cien rublos plegado en ocho dobleces que de momento le dio la razón a Lúyin. Sonya hubiera pasado un mal rato de no haber sido por Lebeziátnikov, que de casualidad se encontraba ahí, éste la defendió con ardor y convicción, contó todo lo sucedido en su apartamento, juró que el propio Lúyin le puso el billete de cien rublos en bolsillo. Lo que no se explicaba era la razón por lo cual había hecho algo tan avieso, en ese momento se levantó Raskólnikov y aclaró, el misterio de las razones, que tenía Lúyin para hacer semejante cosa. Refirió los motivos ocultos; al culpar Lúyin a Sonya podría reconciliarse con la hermana de Raskólnikov, y enemistarlo con la misma y con su madre. De ese modo se vengaría de él. Lúyin en el colmo de la desvergüenza y el descaro amenaza con ir a los tribunales, en el frenesí, la concurrencia, ya excitada, estaba por salir en defensa de Sonya. Lo que ocasionó que un borracho lanzara un vaso en contra de Lúyin, que dio de lleno en la cabeza de la patrona Amalia Ivánovna, que enfurecida y frenética, echó a la calle en el acto a Katerína Ivánovna y los pequeños, y con las manos comenzó arrojar las pertenencias de la tísica. Sonya, se marchó sin saber bien lo que hacía, se dirigió a su habitación así que ya

no pudo saber que Katerína Ivánovna encargó a los dos pequeños a Pólenka y salió a la calle en busca de justicia.

Raskólnikov fue detrás de Sonya, la encontró en su habitación y comenzó, como la vez anterior a atormentarla con preguntas y actitudes, que Sonya no alcanzaba a comprender; de nuevo trazó el panorama oscuro y tenebroso, que le esperaba a ella y a los niños después de la muerte de Katerína Ivánovna. Entonces, aprovechó para hacer su primer intento, para decirle que él es quien mató a Lizaveta y a su hermana. Comienza preguntándole qué si estando en posición de dejar vivir a Lúyin, con todas sus perrerías o Katerína Ivánovna, a quién de ellos elegiría. Sonya, le responde que ella no es Dios como para tomar semejante decisión sobre la vida de los demás, quienes sean. Raskólnikov, se da cuenta que por ese lado no conseguirá darse a explicar. Sonya, no comprende porque Raskólnikov, le habla de esa manera, no sabe si sólo la quiera atormentar o intenta decirle algo. Raskólnikov se da cuenta de que la está haciendo sufrir, sus emociones también son muy confusas, ahora, el indefenso es él. El momento de decirle la verdad ha llegado y él no puede articular palabra, debido a la gran agitación que hay en su interior, se sienta en la cama, tembloroso y convulso, vuelve a dudar, pero de algún modo alcanza a preguntarle a Sonya, si recuerda la promesa que él le hizo en la noche anterior. Sonya dio muestras de no estar muy persuadida del cumplimiento efectivo de esa promesa, él le reitera la promesa de revelar la identidad del asesino de Lizaveta, entonces Sonya pregunta inocentemente si ya han detenido a 'ese'. Raskólnikov le responde que no pero que él lo sabe porque es muy su amigo, algo en Sonya comenzaba a comprender, pero *ella* se negaba a creerlo. En ese momento Raskólnikov le dijo: --¿no adivinas? Mira bien--. Instantes después Sonya, lo entendió todo, su reacción inmediata fue correr a abrazarlo y besarlo como a un pobre desgraciado, y luego estalló en llanto. Raskólnikov fue sacudido hasta el fondo, y de su duro corazón brotaron dos lágrimas, que le inundaron los ojos. Sonya prometió seguirlo a donde fuera, mientras, en su mente

se empezaron a arremolinar la preguntas ¿Qué? ¿Cómo? ¿Para qué? Raskólnikov le suplica que no lo atormente más, sin embargo comienza a explicarle a Sonya, y a él mismo todo lo sucedido. Inicia hablándole de Napoleón, y de cómo alguien como él no se hubiera detenido si en su camino se hubiera atravesado una viejecilla ridícula. Con este ejemplo de autoridad moral, él mató a la vieja Alióna para robarla y tener con que costearse sus primeros pasos sin tener que mortificar a su madre. Sonya escuchaba sin comprender por lo que le pidió que se explicara sin ejemplos. Por lo que Raskólnikov, hubo de dejar de protegerse en la figura de Napoleón para justificarse. Así que comenzó a describir la situación, en que se encontraba antes y durante la concepción del crimen, lo que en todo caso pretendía era costearse un futuro sin tener que angustiar a su madre. Por eso había matado. Luego hubo un titubeo en que Raskólnikov, reconoció que no, que tampoco había matado por eso. Porque de haber querido hubiera podido mantenerse en la universidad y salir adelante, pero no, no lo había hecho, en vez de eso, exasperado como estaba se tumbó en su cuchitril y lentamente perdió el interés por todo incluso por comer. En semejante lugar y estado comenzó a discurrir que el hombre que se atreviera a *más*, tenía legítimo derecho sobre lo demás era una ley natural. Entonces, él mismo quiso atreverse a tener la osadía y el atrevimiento. Y mató, ese era el verdadero motivo. No mató para ayudar a su madre, ni para procurarse fondos, no mató por dinero, sino, sólo para probarse así mismo que no era un piojo como los demás, que él era capaz de transgredir, de ese modo lo único que había matado era así mismo. A la vieja la había matado el diablo. Lo que siguió fue un drama en el que Sonya viendo el sufrimiento de Raskólnikov y queriéndolo redimir, le pide que grite a las cuatros esquinas del mundo su crimen y que pida perdón a la tierra que ha mancillado. Que acepte su condena y que se redima por ella. Raskólnikov al escuchar las palabras de Sonya, recupera el control de sí mismo y le dice que tal vez no tenga que ir a Siberia, pero en todo caso, Sonya tendría que visitarlo en la cárcel, luego miró los ojos de ella y vio amor. Sonya

quiso colgarle la cruz del sufrimiento, pero lo dejaron para más adelante, para cuando el purgase su culpa.

De pronto se escucharon tres golpes en la puerta de la vivienda de Sonya, era Lebeziátnikov, que venía por ella. Al parecer en casa de Amalia Ivánovna, Katerína Ivánovna había enloquecido por completo. Hizo lo que había prometido, fue en busca de justicia a casa del antiguo patrón de Semión Zahárovich, pero la echaron y la maltrataron, a lo que ella supo responder. De milagro no la habían detenido. Ahora tenía el propósito de llevarse a la calle a los niños disfrazados de cómicos, con ese motivo hacía jirones su ropita y les pegaba, a la par que los enseñaba a cantar. Sonya salió en busca de Katerína Ivánovna, Lebeziátnikov y Raskólnikov salieron de tras de ella, sólo que este último se separó y se dirigió a su cuchitril, donde permaneció reflexionando, hasta que de pronto se abrió la puerta y apareció Dúnya, que tan sólo fue para decirle que lo sabía todo. Razumíhin se lo había explicado y ahora comprendía su conducta. Raskólnikov la detuvo en la puerta y le dijo que Razumíhin era un excelente muchacho capaz de amar profundamente. Dúnya enrojeció, luego se despidieron, Raskólnikov no se atrevió a estrecharla, tomó la gorra y salió, enseguida, de su hermana, vagaba sin rumbo fijo cuando Lebeziátnikov, lo llamó por su nombre. Luego se encaminaron hacia el puente Voznesenski, muy cerca de la casa de Sonya, a donde se dirigía Katerína Ivánovna con su compañía ambulante. Sonya iba detrás de ella. A orillas del canal se veía un tumulto de gente, y ya desde el puente se escuchaba la voz ronca de Katerína Ivánovna. Al llegar encontraron un cuadro de lo más singular, en efecto Katerína Ivánovna fuera de sí, pegaba y enseñaba a bailar a los pequeños en tanto que intentaba llevar el ritmo con las manos, y a cualquiera que se le figuraba gente decente se detenía a explicar su lastimosa situación. En vano Sonya, Raskólnikov, un policía y un hombre que parecía un funcionario, intentaban tranquilizarla, la tos hacía presa de ella, bien se veía que estaba en las últimas. De nuevo un policía intento detenerla pero no resultó, en ese momento los niños en el paroxismo del

terror echaron a correr. Katerína Ivánovna trató de alcanzarlos, pero cayó al suelo, al levantarla había un rastro de sangre que al principio se atribuyó a su caída, pero la sangre había brotado de su boca. Katerína Ivánovna ya sin juicio comenzaba a morir, fue llevada al apartamento de Sonya que estaba apenas a unas cuantas casas. La colocaron en la cama; Sonya, Raskólnikov, los niños, Lebeziátnikov, el policía y el hombre que parecía un funcionario se encontraban ahí, Kapernaumov el casero de Sonya, había ido en busca de un médico. Katerína Ivánovna recuperó el sentido, preguntó por los niños y moribunda se los encargó a Sonya, luego, pidió que la dejaran morir en paz. Rechazó al sacerdote, Dios en todo caso tendría que perdonarla, Él bien sabía lo mucho que había sufrido. Siguió delirando, mezclando canciones con sucesos recientes, recordaba la visita que le había hecho al antiguo jefe de Semión Zahárovich en busca de protección. Perdió el conocimiento por poco tiempo, tuvo un espasmo, estiro las piernas convulsamente y murió. Sonya y los niños corrieron a abrazar al cadáver. Lebeziátnikov y Raskólnikov fueron encontrados en la ventana por Svidrigáilov, éste se quedó a solas con Raskólnikov y ofreció encargarse de todos los gastos, de los pequeños y de Sonya con los diez mil rublos que un principio eran para Dúnya, pero no deja de hacerle saber que conoce su crimen.

A la muerte de Katerína Ivánovna siguió para Raskólnikov un periodo de angustia, apatía y confusión casi morbosas, alrededor de tres días vagó sin dirección y sin sentido por las calles de San Petersburgo y sus alrededores, en esos momentos padecía una especie de obsesión por Svidrigáilov. Había llegado creer en ocasiones que en alguna esquina o casa de comidas se había citado con Svidrigáilov para hablar con él. Luego volvía en su acuerdo, fue entonces que dirigió sus pasos al departamento de Sonya, pues llevada los mismos días sin hablar con ella. Al llegar se encontró con Svidrigáilov en el descansillo de las escaleras, cruzaron unas cuantas palabras en las que Svidrigáilov expresó su asombro por el estado y el aspecto de Raskólnikov. Le recomendó

enigmáticamente tomar aire ¡aire! Se despidieron como hombres con caminos diferentes pero que en algún momento se volverán a encontrar. Raskólnikov subió y se encontró con el oficio religioso en honor de la difunta Katerína Ivánovna que se llevaba dos veces por día desde su muerte. Raskólnikov llevaba ya algún tiempo sin presenciar algo así, desde pequeño sentía una opresión y un terror místico hacía la muerte. Sonya se encontraba junto al cadáver de lo que en vida había sido Katerína Ivánovna, con los demás pequeños alrededor orando. Sonya apenas sí había reparado en Raskólnikov, desde la muerte de la difunta, cuando el oficio terminó Sonya se acercó y lo tomó de las manos, y se replegó contra su pecho sin decir palabra. En este gesto inusitado Raskólnikov, vio en ella al colmo de la abnegación, apretó sus manos y salió, se dirigió a su camarote. La criada le sirvió de comer y este comenzó a ingerir con hambre feroz, en ese momento entró Razumíhin que al verlo no sin ironía mal disimulada infirió en voz alta que entonces no estaba enfermo. A ojos vistas Razumíhin se veía preocupado y no se esforzaba en ocultarlo, sin duda los últimos acontecimientos y las actitudes incomprensibles de Raskólnikov junto con todo lo de él se decía habían, acabado por desconcertarlo de tal manera que ya no sabía que pensar, ni sabía que actitud tomar. Así que simplemente se hallaba indignado y en su fuero interno había resuelto emborracharse, pero antes había ido a verlo para avisarle que su madre se encontraba gravemente enferma. Esto se lo dijo después de desahogarse. Había ido a buscarle en compañía de su madre y Dúnya, lo esperaron durante diez horribles minutos y luego se marcharon, él en su afán de encontrarlo había ido a la casa de Sonya y en su lugar se había encontrado con un cadáver. No había ninguna novia ni niño envuelto, corrió a notificárselo a Dúnya y desde entonces era la tercera vez que pasaba por ahí. Razumíhin esta por irse a emborrachar cuando Raskólnikov lo detiene diciéndole que hace tres días habló con Dúnya de él. Razumíhin se quedó helado cuando supo que Raskólnikov le había dicho a ella que él era un hombre honrado, trabajador y con un gran corazón. Razumíhin no

cabía de de júbilo al oírlo decir que Dúnya se había dado cuenta de de ello y que muy probablemente ya albergara un sentimiento especial hacía él. Razumíhin con el corazón todo alborozado simplemente no podía creer que Raskólnikov estuviera loco o algo peor, resolvió en el magín que todo lo que oía decir de él eran puras habladurías y que las actitudes tan raras de Raskólnikov y muy recientemente de Dúnya se debían a que sin duda era un conspirador político, esa fue la explicación más lógica que encontró. Al rumiar esta hipótesis, en voz alta, dejó escapar una alusión a una misteriosa carta que preocupaba gravemente a Dúnya. Raskólnikov se sorprendió al oír hablar de esta carta, pero de momento no podía hacer nada para elucidar su procedencia y contenido, así que lo dejó para más adelante. Razumíhin asomó la cabeza por última vez antes de irse, para decirle que el asesino de la vieja se hallaba detenido y confeso. Razumíhin salió volando de ahí, con el corazón rezumando contento. Raskólnikov aparte, receló de esta nueva noticia, en lo absoluto confiaba en Porfiri, con qué fin había embaucado a Razumíhin que pese a su ingenuidad, no era tonto y comenzaba ya a sospechar. Sin embargo sintió un gran alivio, todavía algo se podía hacer aunque de momento no supiera bien qué; cogió la gorra para salir en busca de Svidrigáilov, cuyas ocultas intenciones y palabras enigmáticas, lo inquietaban, pero apenas había dado unos cuantos pasos en las escaleras cuando casi se dio de bruces con Porfiri, este sin duda tenía algo que decirle. Raskólnikov esperaba con ansía suicida las palabras del juez de instrucción, entonces se llevó acabo su tercera entrevista en el cuartucho de Raskólnikov.

Porfiri esta dispuesto a sincerarse, pues lo juzga su deber de caballero, de este modo comienza a explicar su horrible conducta anterior, uno por uno enumera y comenta los distintos motivos de sospecha que tenía en su contra. En primer lugar todo había iniciado con rumores, luego hubo una casualidad no especificada, tercero un sujeto representó admirablemente su desmayo en la comisaría, sin olvidar su artículo. Todo esto de por sí eran puros supuestos, ninguna prueba

positiva, entonces efectuó un registro no en persona, no de manera oficial, pero no había nada. Esperó pacientemente a que Raskólnikov se presentara por su propio pie. Sí era culpable de seguro que iría. Fue entonces cuando dejaron correr un rumor en voz de Razumíhin con la intención de soliviantarlo, le recordó su audacia con Zamiótov en el palacio de cristal, en suma que con todo esto quién no se iba a comportar como él lo hizo. No obstante, no tenía más que psicología, ningún dato concreto. Así que esperó, esperó, pacientemente hasta que el artesano que le había gritado asesino en la calle declaró, que Raskólnikov había ido tirar de la campanilla en el apartamento de la vieja muerta y que había preguntado por la sangre. Con lo que desconcertó a los dos obreros que se encontraban trabajando ahí. ¡Por fin un dato positivo! Eso había sucedido unos instantes antes de que se vieran por segunda vez, lo que Porfiri intentaba entonces era soliviantarlo, hacer que se traicionara, pero en esa segunda entrevista, terminó con el desenlace que todos conocemos. Porfiri astutamente había decidido utilizar la misma lógica invertida con la que Raskólnikov actuaba, esa era la razón principal por la cual no lo había detenido todavía. Porfiri, sin duda todavía pretendía quebrantarlo psicológicamente, pues aun le confirmó la inocencia del obrero, es más agregó que el caso de Nikolai es uno de tipo especial en que la conciencia humana requiere del sufrimiento, y le recomendó sufrir. Entonces Raskólnikov todo tembloroso preguntó, que quién era entonces el asesino. Porfiri asombrado repitió su pregunta, con descaro le hizo mofa y le espetó en la cara que él era el asesino y nadie más. Y lo iba a detener porque contaba con una prueba que, Raskólnikov ignoraba. Su deber de caballero era informárselo, lo mismo que exhortarlo a entregarse, pues era lo más sensato que podía hacer y lo mejor para todos. Así mismo le prometió ayudarlo del modo conveniente, si le hacía caso. Se despidieron sin que Raskólnikov hubiera aceptado nada, tan sólo se limitó a preguntar por el número de días que le quedaban antes de que lo detuviera. Porfiri, le responde que uno o dos, y agrega que en caso de que decida acabar con su vida deje una

nota donde indique la piedra bajo la cual enterró el dinero y las joyas. Después de este suceso no del todo extraño, pero sí inesperado, Raskólnikov se dirigió a ver a Svidrigáilov. En el camino iba rumiando, tratando de vincular a Porfiri con este otro sujeto Svidrigáilov, pero no lo consiguió, al parecer nada tenía nada que ver el uno con el otro. Se detuvo en el Obuhovski Prospekt a unos treinta pasos del mercado del heno. Sus piernas lo habían llevado hasta ahí, asombrado, no alcanzaba a comprender el por qué. A su izquierda, en el segundo piso de una casa se hallaba una taberna de cuyo interior se escapaba un rumor de vasos haciendo tling al chocar y el murmullo de gritos de mujeres al reír, el tarareo de canciones, el ruido de un tambor, un violín y un clarinete siendo tocados. Raskólnikov, se estaba preguntando cómo es que había ido a parar ahí, cuando de pronto por la ventana vio a Svidrigáilov, en el interior, con una pipa en los labios, tratando de escurrir bonitamente el bulto, pero éste al verse descubierto, lo invitó a subir.

Svidrigáilov se encontraba sentado en un cuartito contiguo al salón principal, con una botella abierta de champaña y un vaso en la mesa, los dos músicos mandados a traer de la calle que se encontraban con él fueron despedidos. Ya solos a propósito de su inesperado encuentro iniciaron su conversación hablando de la casualidad. Raskólnikov no recordaba que el propio Svidrigáilov le había dado la dirección del Obuhovski Prospekt, este se lo recordó. Raskólnikov se asombró, pero en el acto le hizo ver a su acompañante que eso no correspondía con el hecho de intentar ocultarse en cuanto lo vio, también le advierte que si intenta algo contra su hermana, aprovechándose su situación, lo mata. Y sí tiene algo que decir es el momento. Svidrigáilov lo tranquiliza; la conversación da un giro sobre los motivos que Svidrigáilov, tiene para practicar el libertinaje, éste le cuenta dos episodios de su vida con mujeres, siguiendo el mismo camino le cuenta los pormenores de su romance con Dúnya. Seguramente de no haberse precipitado Dúnya se hubiera enamorado de él, pero resultó todo lo contrario y en un arranque

de pasión Svidrigáilov lo echó todo a rodar. Fue entonces cuando Marfa Petróvna, concertó ese dichoso matrimonio con ese cagatintas de Lúyin. Raskólnikov escuchaba atento, observó que el rostro de Svidrigáilov se hallaba congestionado, este singular personaje le parecía sospechoso, entonces, le dijo que ahora más que nunca desconfiaba de las intenciones que albergaba para con su hermana. Svidrigáilov astutamente consigue desaparecer sus sospechas diciéndole que tiene una novia y que está por casarse, la novia es apenas una criatura de dieciséis años. Svidrigáilov mira su reloj, no le quedan más que diez minutos para acudir a algún lugar, promete a Raskólnikov llevarlo a conocer a su novia en otro momento. Raskólnikov se obstina en acompañarlo y lo hace hasta su apartamento con el pretexto ver a Sonya. Svidrigáilov consigue darle el esquinazo tomando un coche de punto del que en seguida se baja sin ser notado por Raskólnikov, para dirigirse a pie hacia el mercado del heno. En este punto se encontraba Dúnya que en ese momento vio pasar a su hermano sin ser notada por él. Svidrigáilov, que también se encontraba ahí se las arregló para traer hacia sí a Dúnya, sin llamar la atención del hermano. Con engaños la lleva a su apartamento en casa de madame Resslerich, previamente había dispuesto todo, para que nadie se encontrara en casa. Sonya no estaba y los Kapernaumov se hallan distantes, así pues se encontraban solos. Condujo a Dúnya al interior del apartamento, al sitio donde escuchó las dos conversaciones entre Sonya y Raskólnikov. Le mostró la silla, le hizo notar que seguramente algo había escuchado, se regresan al centro de la habitación. Dúnya se encontraba en extremo agitada pero conseguía controlarse, de pronto ella depone la carta que Svidrigáilov le había mandado, en la que aludía al crimen cometido por su hermano y del cual no creía una palabra. Svidrigáilov la pone al tanto de lo que escuchó durante dos noches seguidas, le refiere la teoría de Raskólnikov y su lastimoso fracaso, le hace ver que para alguien orgulloso como él eso equivalía a una vergonzosa humillación. La policía le seguía y ante él se abrían sólo dos caminos Siberia o el Neva. Dúnya confusa intenta ir al departamento de

Sonya. Es entonces cuando cae en cuenta de la trampa que Svidrigáilov le había tendido. Está apunto de desmayarse, circunstancia que Svidrigáilov no había previsto, rápidamente se apresura a tranquilizarla, le dice que aun su hermano no está perdido, toda vía se le puede salvar, tan sólo necesita una palabra de ella. Y ofrece llevarse al extranjero a toda su familia si ella acepta. Dúnya se asusta ante la propuesta. Las intenciones de Svidrigáilov son claras, la bella intenta escapar y se da cuenta de que está encerrada. Svidrigáilov eufórico de pasión esta a punto de tomarla por la fuerza, pero Dúnya saca un revolver de tres tiros y amenaza con disparar si éste da un paso más. Svidrigáilov, en el estado en que se encontraba comienza a avanzar y ella le dispara fallando el tiro, él vuela a avanzar y ella dispara nuevamente, dejándole esta vez un hilillo de sangre escurriendo de su cabeza. Svidrigáilov se encontraba a dos pasos, ella se da cuenta que este hombre antes se deja matar que ceder en sus propósitos. No puede más y arroja el revolver. Svidrigáilov la toma por el talle, mira sus ojos trémulos, suplicantes y se conmueve ante su indefensión y belleza. Le pregunta si nunca podrá llegar a quererlo, ella lo niega. Svidrigáilov con todo el dolor de alma la deja marchar. Cuando se quedó solo guardó el revolver con una bala, cogió el sombrero, y abandonó la habitación. Deambuló hasta las diez de la noche en distintas tabernas, en una de ellas convido a beber a los dos músicos que habían estado con él en el Obuhovski Prospekt, luego fue conducido por una turba a la que también había invitado, al jardín de las delicias, ahí estuvo tomando te mientras que los demás bebían. Incluso fungió como juez en una disputa ininteligible de borrachos. Al salir de ahí hizo la primera de las dos visitas extrañas para quienes nada sabían, de lo que en ese momento cruzaba en su cabeza. Era una noche oscura y lluviosa, por lo que llegó escurriendo al departamento de Sonya, la encontró dándoles el te a los cuatro hijos de los Kapernaumov, que al verlo salieron huyendo. Svidrigáilov tomó asiento e invitó a Sonya a hacer lo mismo, sin perdida de tiempo comenzó a liquidar los pormenores que tenía pendientes

con ella. En primer lugar puso en sus manos los recibos que le habían sido dados, al depositar dinero para la manutención de sus hermanitos, con personas de su entera confianza, luego le extendió a Sonya la cantidad de tres mil rublos enteramente para ella o en todo caso para ayudarse a ayudar a Raskólnikov. Sonya se estremeció al oír esto. Svidrigáilov la tranquiliza diciéndole que está enterado de todo y que no es ningún soplón, finalmente le dijo que mandara a paseo a Amalia Ivánovna, que depositara los tres mil rublos en manos de Razumíhin y que le enviara sus saludos. Y que no le dijera nada a nadie de aquella visita. Se despidió de Sonya diciéndole que partía hacia América. En seguida se dirigió a la casa de su novia, ensopado, fue recibido por los asombrados padres y la sorprendida novia, que en toda aquella escena presintió una negra nube en el horizonte de Svidrigáilov. Este depositó quince mil rublos en las manos de la madre de su prometida, se acercó para besar a la chiquilla y despedirse de ella, la volvió a besar y salió. La novia quedó sumida en la melancolía en tanto que la madre acallaba a las conciencias con una explicación poco probable pero plausible que justificaba la extraña conducta de Svidrigáilov. La noche estaba como propósito como para lo que planeaba a hacer, a su paso por el Neva, Svidrigáilov miró su agua helada y se estremeció, tomó por el Bolshoi Prospekt y fue a parar a un hotel que nunca antes había visto a pesar de las dimensiones del edificio, entró, pidió una habitación a la que fue conducido por un cochambroso camarero, era estrecha y mal ventilada. Pidió té y ternera, observó con detenimiento el lugar, se acercó a escuchar una riña en la habitación contigua, su solicitud fue atendida y despidió al camarero, tomó un sorbo de té, se quitó la ropa húmeda y se acostó en la cama molestó y con fiebre. Su mente se arremolinó con recuerdos del pasado inmediato, luego siguió una pesadilla en la que una rata le recorría el cuerpo, despertó en la misma habitación, se incorporó aunque no encendió la bujía. Su mente seguía divagando, tomó la resolución de no dormir. Afuera dieron las tres, decidió entonces marcharse, se vistió y salió a buscar al camarero para pagarle.

Pero resultó que en un rincón encontró a una niña empapada y llorando, la recogió y la llevo a su habitación, la arropó y todo, y cuando se acercó para mirarla descubrió en su rostro la risa viciosa de las rameras. En la risa de la niña que burlona lo observaba. Se despertó de nuevo en aquella lúgubre habitación, eran las cinco de la mañana cuando se vistió, con la ropa húmeda. Dos minutos más tarde se encontraba caminando en la penumbra y la calle encharcada rumbo a Petrovski, pero durante el trayecto cambió de parecer y dio vuelta en la calle Sieyinskaya. Se acercó hasta un policía con él que se quedó mirando por un momento, el hombre no pudiendo sufrir su insolencia, le preguntó qué era lo que buscaba, Svidrigáilov le respondió que se marchaba a América. Entonces el muy guasón sacó el revolver y se apuntó en la cien derecha, el policía apenas si tuvo tiempo de exclamar que ese no era sitio para bromas, a lo que Svidrigáilov respondió que daba igual, y que en caso de que alguien preguntara por él, dijera que se había marchado América. Como su último acto en esta tierra Svidrigáilov jaló el gatillo.

Ese mismo día como a las siete de tarde Raskólnikov se dirigía al apartamento que alquilaba su madre y su hermana, había tomado una determinación, así pues se estaba despidiendo de las personas queridas para él. Su madre le abrió la puerta, Dúnya no estaba, al verlo no cabía en sí de contenta, lo llenó de atenciones y halagos que solamente una madre hondamente preocupada puede prodigar. No sabía qué hacer o qué preguntar, se desvivía por él y luego justificaba sus acciones diciendo que era una tonta. Su madre apenas lo había visto una vez en tres años, lo que había sucedido apenas hace cinco o seis días. Desde ese primer encuentro que tuvo con él se dio cuenta que algo muy grave le ocurría a su hijo. Luego recientemente había escuchado hablar a Dúnya dormida, y ésta en sueños algo habría revelado, sin embargo en su fuero interno se negaba a creer en la verosimilitud de sus presentimientos y sospechas. Este era su tercer encuentro, pero desde el segundo su madre intuía que perdería su hijo para siempre, por eso se comportaba de esa manera tan solícita y apremiante, por eso fue que al ver a su

hijo en semejante estado se asombro pero no se sorprendió. Raskólnikov estrechó a su madre, le rogó que pasara lo que pasara, oyera lo que oyera, no lo dejara de querer nunca, su madre le dio su bendición y se despidieron para siempre.

Raskólnikov se dirigió a su cuchitril. En su interior aún se libraba una lucha intestina que le desgarraba las entrañas, cuando llegó en el acto sospechó que algo raro sucedía, pues la criada lo había mirado con curiosidad enigmática. Al abrir la puerta se encontró con Dúnya, que lo estaba esperando en el límite de la angustia. Raskólnikov comprendió que su hermana ya se hallaba enterada de todo, así que le habló con franqueza y naturalidad, le mencionó que había pasado por el Neva con la intención de suicidarse de lo humillado y desgraciado, que se sentía. Entregarse equivalía a sufrir una terrible vergüenza pues era reconocer que tan sólo había hecho el ridículo. Por eso pensaba acabar con todo arrojándose al agua, pero su orgullo dio un giro y había decidido sufrir la humillación, no por cobardía sino por orgullo, aunque al decir esto el mismo sonreía burlonamente. Dúnya y él se abrazaron, ella sin pensar siquiera en el efecto que iban a tener sus palabras, le dijo que confesando su crimen ya expiaba la mitad de la culpa. Raskólnikov se enfureció, le dijo que lo suyo no era un crimen, lo que había matado era un piojo no un ser humano. Su idea no estaba tan mal incluso después de haber fracasado, él no era culpable de nada, no estaba arrepentido. Su propia incompetencia lo había perdido y ahora lo obligaba a tomar esa determinación. Se despreciaba profundamente. Raskólnikov miró los ojos angustiados de su hermana y reconoció en ellos un profundo sufrimiento, se sintió culpable y desgraciado, pero no por su crimen sino por el sufrimiento que le causaba a los seres que más amaba. Después de esta entrevista con su hermana se dirigió al apartamento de Sonya que a esas horas ya lo daba por muerto, pues conocía su vanidad, su arrogancia, su amor propio y su falta de fe. Raskólnikov no se hallaba en sus cabales, hablaba inconexamente, no paraba de moverse y las manos le temblaban, con ese talante le pidió a Sonya la cruz de ciprés. La muchacha había estado llorando y

preocupándose por él junto con Dúnya y entre las dos había brotado la amistad cuyo origen era el amor que cada una a su modo le profesaba a Raskólnikov. Así que cuando lo escuchó hablar de este modo se estremeció hondamente, acto seguido le colocó la cruz y se dispuso a acompañarlo, cuando Raskólnikov, comprendió sus intenciones la despidió, no sin un dejo de desprecio en sus palabras. Salió y se olvidó de ella, encaminó sus pasos con dirección a la comisaría. Pero no había dado unos pocos pasos cuando se recriminó su actitud ruin y miserable para con Sonya. No comprendía por qué necesitaba de su sufrimiento. Atravesó el mercado del heno, se entretuvo mirando las caras y los cuerpos de los transeúntes que se cruzaban en su camino, todos se confundían con todos, ninguno se conocía y sin embargo cada uno seguía continuando su historia personal. Estuvo distraendo su atención con escenas cotidianas que enseguida olvidaba, al cruzar por la parte principal de la plaza se acordó de las palabras que Sonya le dijera - besa la tierra que has mancillado y grita a los cuatro vientos ¡soy un asesino!-- Raskólnikov se inclinó y luego con deleite y regocijo besó el suelo mugroso. Entre la muchedumbre que lo vio alcanzo a distinguir a Sonya que lo iba siguiendo. Comprendió entonces que ella sería su sombra, siguió andando, llegó al sitio fatal, cruzo el patio y subió las escaleras hasta el tercer piso, cuando entró aún pudo observar la ausencia de Zamiótov y el escaso movimiento que había en la comisaría en aquella noche veraniega. Momentos después apareció Ilya Petróvich un tanto achispado, le dio la bienvenida con el mejor talante e incluso se disculpó con él por el altercado que se había sucedido entre ellos, bien se veía que Ilya Petróvich le tenía sincero aprecio, sobre todo después de leer su artículo, pues el también era un hombre aficionado a las letras. Raskólnikov, se enteró por medio de su palabreo que Svidrigáilov se había pegado un tiro esa mañana, se comportó como si estuviera ahí de paso para ver a Zamiótov y se despidió tembloroso y abatido, comenzó a descender las escaleras, pero al llegar a puerta vio a Sonya que angustiada lo miraba, de nuevo volvió sobre sus pasos.

Al llegar nuevamente convulso ante el teniente, intentó decir algo pero su boca sólo emitió sonidos inteligibles. De inmediato le arrimaron una silla y le cercaron un vaso con agua, él y Ilya Petróvich se miraron a los ojos, por fin pudo articular palabra, y dijo en voz alta y clara, que él había matado a la vieja Lizaveta Ivánovna y a su hermana.

¿Cómo? ¿Un gran hombre? Yo veo siempre tan sólo
al comediante de su propio ideal.

F. Nietzsche.

Segunda parte

Prefacio a la segunda parte

Esta segunda parte está constituida por seis pasajes en los cuales se enfoca y dirige el argumento de la novela a analizar, por un lado, el carácter del personaje central y sus circunstancias al asesinar, y por otro, a exponer cinco historias que acaecen simultáneamente durante el transcurso de su confesión. En ellos se examina y contrastan, la condición moral de Raskólnikov y la moralidad de los personajes y situaciones que han sido seleccionados para realizar este ejercicio.

Al final de cada uno, aparece un apéndice, en el que se hace un esfuerzo por traer a la luz el pensamiento de Dostoyevski y sus implicaciones filosóficas que van de acuerdo al tópico específico de cada pasaje.

El criterio que toma respecto al orden y a la estructura de los pasajes es el mismo que utilizamos para subdividir el argumento de la novela.

I

Raskólnikov y el común de los asesinos.

En lo que consideramos la primera parte según nuestra división del argumento, se observa el ensayo y la inevitable ejecución de un asesinato, perpetrado por un joven llamado Raskólnikov. Entre el ensayo y su ejecución hay una mediación aproximada de tres días en el tiempo real de la novela. Entre el nacimiento de la idea y su ejecución, transcurren seis meses, durante los cuales tiene inicio y fin un ciclo en el atormentado espíritu de Raskólnikov. Influyen en su determinación una serie de condiciones y circunstancias que continuación presentamos por separado para llamar la atención sobre ellas: 1) El aspecto casual o la intervención del azar que determina la resolución de Raskólnikov. El primer aspecto en este sentido, fue la conversación del estudiante con el joven oficial, en la cual encontramos la simiente de la idea. El segundo, es la conversación entre los buhoneros y la hermana de la vieja, que es lo que finalmente pone término a las especulaciones de Raskólnikov y lo lleva a actuar. El tercero es el hecho de haber encontrado un hacha disponible justo en el momento en que la necesitaba. Cuarto y último, es la buena estrella que lo acompañó durante todo el camino hacia la casa de la vieja, pues pasó desapercibido para todo el mundo, incluso para los dos pintores que trabajaban en el edificio donde la vieja vivía, sin olvidar la aparición inesperada de Koch y Pestriakov en las escaleras y su asombrosa huida.

2) El aspecto de los fenómenos externos que interviene o favorece el desarrollo o maduración de la idea. El primero de ellos a este respecto es el encuentro con Marmeládov, pues este sin duda deja una impronta en el espíritu de Raskólnikov. Segundo, la carta que recibe de parte de su madre le llena de desazón el corazón y, de pura desolación, su alma, de por sí soberbia, se endurece ante el sacrificio de su hermana y la humanidad entera. Tercero, la reflexión que hace entorno a Sonya, la hija de Marmeládov, y su propia hermana, no hace sino espolearlo.

Cuarto, la adolescente borracha que se cruza en su camino y lo que esta representa, lo acaban de asquear y lo empujan un poco más hacia el abismo.

3) El aspecto circunstancial lo componen los diversos elementos que integran el mundo inmediato en el que Raskólnikov existe. El primero de ellos es la absoluta miseria que lo rodea, pues el estómago vacío nos hace percibir el mundo de distinta manera. Segundo, las dimensiones de su sucio cuchitril lo perturbaban psicológicamente. Tercero, el sentimiento de injusticia social que lo carcome. Cuarto, el dolor del mundo que lleva a cuestas.

4) La constitución espiritual de Raskólnikov, conforma los rasgos propios e inherentes a su personalidad; éstos lo podemos inferir a partir de sus gestos y sus acciones. En primer lugar tenemos, que se trata de un individuo dotado de un espíritu noble y orgulloso, como lo dejan ver la pureza de sus sentimientos hacia sus seres amados y los inocentes, y, paradójicamente los arranques de furor e ira que padece. Segundo, Raskólnikov era un joven poseedor de una inteligencia aguda e intuitiva, como lo dejan ver sus razonamientos y presentimientos. Tercero, Raskólnikov también estaba dotado de una gran sensibilidad, pues sufría profundamente. Cuarto, Raskólnikov tenía cierta educación obtenida en los estudios y algo de filósofo un tanto hipocondríaco. Finalmente, su apariencia exterior era la de un hombre bien parecido y con personalidad, a pesar de sus andrajos.

Las condiciones y circunstancias en que Raskólnikov asesinó, dibujan la imagen de un hombre en una situación por demás desesperada. Este hombre es capaz de cualquier cosa, incluso del asesinato; pero esto, por sí mismo, no es nada nuevo, no es la gran cosa, pese a la gravead de las palabras puestas sobre el papel, es decir; asesinar no es cualquier cosa, tampoco, cualquiera es asesino. Pero para distinguir a Raskólnikov de entre los asesinos comunes es menester ubicar el fin último que lo lleva a asesinar.

Raskólnikov, la razón y la moral.

En efecto, un asesino, o un hombre próximo a serlo, puede asesinar por muy diversos motivos, por ejemplo, puede matar por hambre, por defender su propia existencia, por ira, por venganza, por celos, por error o por placer. Los dos primeros obedecen al instinto de conservación de la propia vida. El tercero y el cuarto obedecen a un impulso ciego o natural; en este caso, el hombre que mata bajo estas condiciones, al momento en que recupera la calma, la sobriedad y con ellas la conciencia de lo que acaba de hacer, inmediatamente se siente culpable y se arrepiente de lo que ha hecho; este hombre, en muchas ocasiones, después de haber cometido el crimen, desea que se lo trague la tierra y en otras no tanto. El quinto y sexto motivo de nuestra lista pueda ocurrir, o bien por accidente o bien por imprudencia, en ambos casos de manera muy general, sin meternos en muchas consideraciones, podríamos decir que lo que ambas comparten es el hecho de que esta especie de asesino, no mata con la plena intención, voluntad y conciencia de su acción. El séptimo motivo que hemos enumerado ya tiene una diferencia sumamente notoria en relación a los seis primeros, pues este asesino lleva toda la intención y conciencia de asesinar, no por hambre ni en defensa de su propia existencia ni de su honra o por equivocación sino por placer, por dinero o por poder, lo que lo convierte en un criminal cabal.

Lo anterior es suficiente para caracterizar al asesino común, pero éste no nos interesa debido a que nuestra investigación no gira en torno a él, sino al enigma que representa la figura de Raskólnikov, de manera que se hace menester preguntar quién es Raskólnikov y qué es lo que lo distingue del resto de los asesinos.

En la novela, Raskólnikov aparece como un joven intelectualmente dotado, bien parecido, con buenos sentimientos y pureza en el alma, pero al que su desesperada

situación económica se le aúna una serie de circunstancias fortuitas junto con un probable mal razonamiento que, lo convierten en un asesino.

Podemos suponer de momento que Raskólnikov no pertenece al común de los asesinos anteriormente clasificados, porque no mata con la intención expresa de robar, aunque casi vive en la indigencia; no mata por defender su vida; tampoco mata en un arranque de exaltación, sino que cada uno de sus movimientos ha sido meticulosamente previsto; no asesina por accidente o imprudencia, sino deliberadamente; si bien el azar juega un papel determinante en su crimen no lo es en el sentido de un error o descuido, más bien aparece como si la mano de Dios hubiera intervenido directamente para facilitarle su caída. Finalmente. Raskólnikov no mata por placer o porque su alma se hubiera desencaminado por la senda del "mal", sino porque, al parecer, lo que se desencaminó en él fue su razón, como sabemos Raskólnikov ponía como principio determinante de su acción una teoría que sostenía que hay hombres distintos: hombres a secas y hombres superiores. A estos últimos les estaba permitido cometer acciones, incluso abominables, siempre y cuando estas acciones estuvieran dirigidas a un fin más excelso y digno para la humanidad, y no sólo en beneficio del sujeto que realizaba la acción. Entonces el principio de la razón práctica en el que se sustentaba su acción le permitía el acto que planeaba efectuar, pero, si y sólo si era un hombre superior. Por eso la incertidumbre de no saber si sería *capaz* de ir ahí y matar a la vieja, lo consumía y lo dejaba indiferente ante los escrúpulos morales.

Y no obstante este fundamento moral, es innegable que las condiciones externas en las que vivía Raskólnikov fueron la incubadora perfecta para que el germen de la idea se desarrollara hasta convertirse en una realidad en su debilitada y ofuscada mente. Pero, al parecer, lo que realmente determinó su asesinato fue una causa ajena a él y su entorno. Y fue que o bien la mano de Dios o el azar, vino a

liberarlo de la incertidumbre, dándole la fecha y la hora, y poniéndole un hacha en las manos¹.

Para seguir con la intención de este apartado e intentar determinar qué clase de asesino es Raskólnikov, es necesario hacer un esfuerzo más para traer a la luz el motivo o el fin último que lo lleva a asesinar.

Con ese objetivo presentamos una serie de hipótesis simples, pero verosímiles, que tratan de dar razón del móvil del crimen.

a) Podríamos suponer que la miseria y la casi indigencia en que vivía lo obligaron a matar.

b) O el hambre, la enfermedad y las dimensiones de su cuchitril le nublaron el juicio y entonces mató sin darse muy bien cuenta de lo que hacía.

c) También lo podemos tildar como un loco con delirios de grandeza que no estuvo a la altura de su *idea* y que fracasó lastimosamente (esta conjetura se sustenta en un pequeño artículo, por entonces ya escrito, por el asesino en el cual se expone como idea cardinal la existencia de ciertos hombres a los cuales les es lícito cometer acciones criminales con la condición de que la humanidad resulte beneficiada con tales acciones)

d) O tal vez, si no hubiera escuchado, por obra del diablo o Dios o ninguno de los dos, determinada conversación entre los buhoneros y Lizaveta, aún estaría en el sofá atormentándose con la incertidumbre.

Resolver si fue el fundamento de determinación de la acción, las dimensiones de su cuchitril o la intervención divina o la casualidad, lo que lleva a Raskólnikov a asesinar es inextricable, difícil y hasta paradójico. Y para dar una solución sólo contamos con el dato de que Raskólnikov se pensaba inocente y no se consideraba un criminal.

¹ En esta disyuntiva de distinta ingerencia y distintas consecuencias lógicas, se puede comenzar a vislumbrar la interrogante filosófica que plantea la novela. Pues no podemos determinar con facilidad la posición del hombre en relación al *enigma* del universo. Pero es prematuro en este punto discurrir sobre ello.

Pero aún así no es suficiente, pues cualquier otro asesino bien puede no sentir ni arrepentimiento ni culpa por razones diversas a las de Raskólnikov. Además está el escrúpulo de que cualesquier otros asesinatos, pueden ser explicados con hipótesis parecidas al caso de Raskólnikov.

Lo que nos hace pensar, por un lado, que Raskólnikov es tan sólo un caso entre miles de casos, en el que confluyeron las condiciones, causas y circunstancias para que un hombre orgulloso con inclinación filosófica, sabiéndose inteligente y superior, encontrara una justificación suficiente para llevar a cabo la realización de cierta idea que le carcomía las entrañas y el orgullo. Porque en su fuero interno se sentía incapaz de cruzar la línea, hasta que la casualidad o el diablo lo liberan de este suplicio. Por otro lado podemos apreciar cómo nuestras cuatro posibles hipótesis son inseparables, son una y misma sola cosa ambigua y contradictoria, lo que pone de manifiesto el carácter enigmático y paradójico que impregna a la figura de Raskólnikov y al asesinato perpetrado por él.

La reflexión en torno a la figura y motivo último de Raskólnikov, deja en claro que juzgar en abstracto a Raskólnikov e intentar determinarlo a él y al móvil del crimen no es nada fácil, pues todo en él es inextricable.

Esta reflexión que de momento no nos conduce a ningún lugar, nos revela, sin embargo, la ambigüedad del crimen cometido por Raskólnikov, que a su vez envuelve en incertidumbre a la idea ambigua de que "providencia" puede ser "azar". Y que el *hombre* en éste caso Raskólnikov no es una abstracción.

Dostoyevski nos ha puesto en una encrucijada, pues también al fondo de esta ambigüedad esta cuestionando el fundamento, la validez y efectividad de la ley social, cuyos principios generales están condicionados por la época y la cultura.

Y también a la ley moral cuyos principios están condicionados a un Ser supremo así, en esta meditación tratamos de distinguir a Raskólnikov del resto de los asesinos corrientes; sin embargo, no alcanzamos a desentrañar el *misterio* del asesinato perpetrado por él.

No obstante, los problemas que Dostoyevski presenta para una filosofía de la moral que se sustente en principios de la razón objetivada, se iluminaron al interrogar por el móvil del asesinato, y con esto traer la luz, la imposibilidad de un juicio que determine la condición moral de su personaje principal.

Y no es que Dostoyevski este en contra de dichos principios, pues eso equivaldría a ubicar el *misterio* que encierra el crimen perpetrado por Raskólnikov en la forma natural de proceder de la razón: buscando la coherencia y evitando la contradicción. No, sino que Dostoyevski más bien se está cuestionado la posibilidad efectiva de que exista un antecedente y un consecuente que se adecúe y aplique a la crisis moral y existencial en la que se inserta el asesinato de su personaje. Y no sólo eso sino que, además, la supuesta fórmula lógica tenga cabida y reine sobre el caos, el azar o Dios.

Esto nos hace sospechar que Dostoyevski se resiste a pensar que un problema como el que él presenta es susceptible de ser tratado o resuelto como si se tratara de una mera ecuación. Es decir, que si Raskólnikov hubiera sometido su voluntad en pro del buen juicio o en pro del prójimo, entonces, su crisis existencial y su crisis moral, en consecuencia, se transfigurarían en buen juicio o en amor. Pero el caso es que su voluntad, sus necesidades morales y físicas, y su circunstancia son indisolubles e irreductibles.

Por lo tanto, el planteamiento que hace Dostoyevski es imposible de responder, al menos para una filosofía de la moral que se sustente en principios de la razón objetivada. Y no tanto porque la razón sea defectuosa, sino porque la naturaleza misma del problema lo hace imposible. Además de que queda abierta la interrogante acerca de si el 'crimen' cometido por Raskólnikov es en efecto un crimen o tan sólo un prejuicio de la conciencia del rebaño.

Con esto, Dostoyevski rompe un esquema moral y con excepcional sutileza advierte a los filósofos de la moral, y a quien lo entienda, que en lo tocante a los principios objetivos y la moral no se ha dicho la última palabra. Pues aún queda

por resolver el *misterio* que es el hombre y considerar a fondo si lo que gobierna al universo de la acción humana es el prejuicio del rebaño, el buen juicio o la voluntad y el espíritu.

II

Rompimiento de un idilio

Como sabemos, el compromiso de matrimonio de Dúnya con Piotr Lúyin se había concertado bajo condiciones turbias pues el acuerdo se pactó después del escándalo en que se vio en vuelta Dúnya con Svidrigáilov. Fue la propia Marfa Pretróvna quien, en un intento por conservar a su marido, puso en contacto a Dúnya con Lúyin, una vez que ella misma aclaró el mal entendido. El Matrimonio se acordó para cuando los interesados se hubieran establecido en San Petersburgo, pero nunca llegó a concertarse porque Lúyin se mostró tal cual era: ruin y miserable. Dúnya lo vio en toda su mezquindad y entonces lo echó. Pero la cosa no quedó ahí, sino que se extendió hasta cuando Lúyin, en su afán de recuperar a Dúnya y vengarse de Raskólnikov, calumnió a Sonya acusándola de ladrona en la comida en honor a Marmeládov.

No es de extrañarse que alguien como Lúyin cometiera una bajeza como esa, pues no se iba a resignar a perder a Dúnya, que era más de lo que él había soñado siempre en una mujer, estando a unos pasos de tenerla entre sus manos. Dúnya no sólo era una muchacha pobre, alta gallarda, orgullosa y bella, sino también virtuosa. La vanidad e importancia personal de Lúyin le hacían creer que le estaba haciendo un favor a Dúnya y a su madre, casándose con ella. Dúnya por su parte, al parecer, aceptó el compromiso con Lúyin porque ya no quería seguir viviendo en la miseria y la ignominia. Además estaba su madre, y Raskólnikov, a quien ella y su madre amaban por encima de todo y le querían ayudar. La madre que quería lo mejor para sus hijos, aunque intuía que algo estaba mal, cerraba los ojos y todo

se le iba en esperanzas y alegrías que no habían llegado, Raskólnikov se enteró del matrimonio por medio de la carta que le envió su madre. A su vez, interpretó este matrimonio como un sacrificio muy parecido al que Sonya realizó por los suyos, En el que Dúnya se inmolaba por su madre y por él, y de inmediato resolvió que ese matrimonio jamás se realizaría mientras él estuviera vivo. Por esa razón no es de extrañar que Raskólnikov echara a la calle a Lúyin en su primer encuentro. El novio ofendido en lo más vivo jamás lo perdonó y pidió expresamente en la carta que recibió, de parte suya, Dúnya y su madre, que en la entrevista que tenía proyectada con ellas para más tarde. Raskólnikov no se encontrara presente, bajo ningún motivo.

Pulhería Aleksándrovna y Dúnya desde su llegada a San Petersburgo apenas si habían visto a Raskólnikov; la primera vez que lo vieron, lo encontraron enfermo y delirando en compañía del ebrio de Razumíhin, la vez de su 'escapada' al palacio de cristal. Su alarma y su angustia iban cada vez más en aumento, aunque ya estaban enteradas por la criada de las incomprensibles excentricidades de Raskólnikov. Jamás hubieran podido imaginar siquiera lo que en ese momento atormentaba su alma. Al jaleo que siguió en ese primer encuentro, Raskólnikov acabó dando de voces diciendo que ese matrimonio jamás se realizaría mientras él viviera. A la mañana siguiente, en su segunda visita, lo encontraron acicalado pero igualmente frío y resuelto a renunciar a su hermana si ésta se casaba, Raskólnikov no quería darle ninguna justificación a su hermana para que se envileciera con la venta de su honra, por eso sí se casaba con Lúyin lo perdía para siempre; de ese modo, su sacrificio no tendría razón de ser. Dúnya que ya estaba cansada precisamente de los juicios en su contra y de las afrentas, siendo una mujer digna y orgullosa, se ofendió profundamente ante lo que el pensamiento de su hermano expresaba. Dúnya resolvió entonces que su hermano y su pretendiente debían hacer la paces esa misma noche, o de lo contrario tendría que elegir entre ambos y quería ser justa en su decisión. Por eso era imprescindible que Raskólnikov se

encontrara con Lúyin pese al mandamiento de éste; Razumíhin también iría. La reunión apuntaba más a una contienda que a una reconciliación. La cosa empezó a ponerse fea con motivo de la noticia de la llegada de Svidrigáilov y los tres mil rublos que la difunta Marfa Petróvna dejara a Dúnya, suceso que sirvió como detonante para que Lúyin que se había contenido hasta el momento, comenzara a comportarse grosero e insolente. En el colmo de la estupidez y la insolencia, empuja más allá del límite al orgullo de Dúnya sobajándola y humillándola, hiriéndole al decir cosas como; 'el amor al futuro marido es aun superior que el que se le debe al hermano' y por lo bajo amenazándoles con echarlas a la calle. Lo peor de todo fue cuando dijo que: 'al parecer los tres mil rublos les habían caído muy bien'. Esa fue la última humillación que soportó el maltratado orgullo de Dúnya, y lo echó a la calle, llena de verdadera indignación. Si los tres mil rublos influyeron en alguna forma para que ella tomara esta decisión, es un misterio. Por lo demás, fue el propio Lúyin quien se echó la soga al cuello con su falsa honorabilidad, su avaricia y su inmundicia. Por último, el deleznable Lúyin calumnia a Sonya de ladrona en casa de Katerína Ivánovna, como último recurso para recuperar a Dúnya, pero fracasa al ser descubiertas sus viles intenciones, por Lebeziátnikov y Raskólnikov. Lúyin desaparece y no se le vuelve a mencionar.

La comedia humana y la falsa moral.

En este pasaje se exhibe el juego de apariencias y realidades que hay entre lo que considera una moral tradicional cristiana hipócrita, como vil, indigno o criminal, en las figuras de Dúnya, Sonya, Lúyin y Raskólnikov. Su eje es el dilema moral de Dúnya, mujer honrada, dotada de un carácter altivo y orgulloso, que había de elegir entre su desesperante situación actual, o casarse con un hombre rico que le aseguraba el bienestar económico y le daba un nombre. Si se casaba con Lúyin sólo lo hacía por vivir una vida mejor y más digna, pues no lo quería. Se iba a

entregar a este hombre por estabilidad social. Y no obstante algún escrúpulo moral, Dúnya resolvió casarse, pues de esa manera aliviaba su conciencia y cubría las apariencias. Ella, que trataba de salir de la vergüenza, nuevamente se ofende y por razones obvias no va reconocer, , ante su hermano la venta de su honra. Es por eso que, nos atrevemos a conjeturar, monta el teatro entre su hermano y su prometido para disfrazar su vergüenza con la indignación de una mujer ultrajada en su honra. Pero también conjeturamos que Dúnya lejos de envilecerse con su matrimonio, simple y llanamente estaba siendo juiciosa, pues en medio de su desesperada situación, era lo mejor que se podía hacer. Desde ese punto de vista Dúnya tenía razón para ofenderse por el juicio tan severo y egoísta de su hermano. Sólo Dúnya sabía si albergaba algún escrúpulo moral en relación a su casamiento.

Un caso semejante al de Dúnya lo presenta la figura de Sonya que, a diferencia de la hermana de Raskólnikov, sí vendió la honra, pero no por dignidad ni por una posición social, sino por 15 rublos. La situación de Sonya era más urgente y más desesperada. Sonya no tuvo opción para elegir. Y ahora vagaba por la calle pintada con colorete, empuñando una sombrilla, exhibiendo, como si estuviera desnuda, su vergüenza. Ella que había sacrificado su vida por amor al prójimo, se sentía la peor de las pecadoras, encontraba sólo alivio en la palabra y en el perdón de Dios.

El contraste que surge entre estas dos figuras nos muestra el nivel moral en que se mueven respectivamente, pues mientras que Dúnya lo hace desde la apariencia y la aprobación social, Sonya lo hace desde la idea de Dios. Sonya puede parecer más indigna que Dúnya, en el sentido de su valía ante sí y los demás, pero es más moral porque sus acciones se fundamentan en un principio superior.

Luego estaba Lúyin que, debiendo estar en Siberia o en el infierno por todas sus ruindades y bajezas, él que debería sentir vergüenza, no sólo se paseaba como un pavoreal sino que se sentía uno. Esta figura nos hace ver que la ruindad y la vileza

se llevan en el alma y que poco tiene que ver con principios morales, amenos que sea para revestir a la peor vileza con oropel y la máxima dignidad.

Finalmente estaba Raskólnikov que se quejaba de afrentas y deshonras, él que había asesinado. Pero de Raskólnikov podemos decir que está al nivel de Sonya pues su acción obedecía a un principio superior: La idea de que no hay Dios.

Para finalizar podemos preguntarnos qué es más moral o inmoral. ¿Buscar el perdón de Dios? ¿Matar a un piojo? ¿Tratar de encontrar la dignidad y la estabilidad? o ¿Aprovecharse de los débiles y los necesitados?

Las interrogantes que dejamos abiertas en esta meditación nos descubren el universo en que se sustenta la acción humana, en un mundo carente de una moral, pero sí con varias morales. De entrada, el caos y la contradicción nos dan la bienvenida, pues según el cuadro anterior, los seres humanos actuamos sin orden ni concierto, actuamos en una especie de desatino sin fin. Cada quien desde una locura propia, que puede ser la fe en Dios, algún ideal de la razón teórica, el 'qué dirán' y la comodidad, la vanidad, la avaricia, etc. Y todos y cada uno de nosotros piensa que está en lo cierto, y, en consecuencia, actuamos o bien desde nuestras invenciones ideales o bien desde la falsa imagen que tenemos de nosotros mismos y del mundo cuya aprobación buscamos.

Con esta falsa certeza, que es la que rige los destinos de los hombres y en ocasiones también de los pueblos, y que asumimos de manera inconsciente, Dostoyevski parece preguntarnos tras bambalinas ¿Cómo curarnos de este desatino sin fin? ¿Cómo deshacernos de las supuestas morales? ¿Es posible traer orden y concierto a este multiforme universo humano?

Parece ser que ya algunos moralistas, más bien que filósofos de la moral, han intentado algunos remedios caseros, cuya efectividad se hace esperar, por lo menos eso es lo que deja ver este más que poeta, visionario. Nosotros los silvestres conjeturamos que, el genio creador de *Crimen y Castigo* está diciendo en general y en especial a los filósofos, más que a los moralistas de blandas

pantufas que desde luego no estarían de acuerdo con él, que aún hay mucho que desenmascarar detrás de la comedia humana.

La invitación está hecha, tan sólo hay que dejar de lado nuestros escrúpulos de toda índole y echar una miradita más detallada: no todos somos aristócratas, débiles o fuertes, ni contamos con los medios económicos e intelectuales para ser racionales, es más, hay quienes nacen con el alma torcida.

Quien acepte el reto que Dostoyevski lanza, debe de carecer de espejos y buenas intenciones, y proveerse, más bien, de garras y astucias felinas para sortear los artificios con que la falsa moral se recubre.

III

La locura de Katerína Ivánovna

Katerína Ivánovna pierde el juicio el mismo día que celebraban la comida de exequias en honor a su difunto marido, a instancias de Piotr Lúyín, pues al lanzar éste una diatriba sobre ella, la exalta tanto y a tal grado que en ese mismo momento sale a la calle completamente fuera de sí a buscar justicia, dispuesta a hallarla dondequiera que ésta se encontrase. Katerína Ivánovna era una tísica medio loca, casada con Semión Zahárovich Marmeládov borracho insigne que en otro tiempo trabajó para el estado, pero que desafortunadamente había venido a menos. El resto de su familia la componían tres pequeños Pólenka, Lída, Kóyla, y Sonya a la que le tenía singular a precio. Katerína Ivánovna se pasaba la vida sufriendo y trabajando, a los niños los educaba como a niños de buena familia, como la habían educado a ella, con las buenas costumbres y con los buenos modales de gente de alta cuna, pues era la hija de un general. Por lo demás, se ignora cómo es que llegó a su situación actual y sí acaso el padre de los pequeños

murió o sencillamente los abandonó. El caso es que cayó en desgracia y en desgracia vivía siendo ella honrada, trabajadora, firme y nada tonta; sin embargo, algo en ella se había roto definitivamente, Lúyin, al lanzar su falsa acusación contra la pobre e indefensa Sonya, había tocado a la tísica en lo más vivo, en lo más sagrado para ella. Sonya lo había sacrificado todo por ellos.

Fue entonces que perdió el control frente a todos los que se encontraban invitados, o no, en la absurda comida de exequias que, para entonces, ya se había convertido en un zafarrancho. Ya no le importó siquiera que Lebeziátnikov y Raskólnikov lo hubieran aclarado todo y puesto a Lúyin en su sitio. Salió a la calle y fue a parar a la casa del antiguo jefe de Marmeládov, lo insultó y le arrojó un tintero a la cara cuando este se hallaba comiendo tranquilamente en la comodidad de su hogar. Luego regresó a su casa para vestir y enseñar a los niños a cómicos ambulantes; nuevamente sale con ellos a la calle a buscar justicia y causar lastima, a mostrarle al mundo cómo era tratada la hija de un general. Sin duda los recuerdos de aquel pasado magnífico en la loca cabeza de Katerína Ivánovna le hacían idealizar los actos de justicia remotos y buscarlos en el presente. En fin que con el alboroto que armó los niños se aterraron y en unas de esas escaparon a todo correr. Ella al ir en su busca, cayó al suelo; de su boca brotó sangre; se encontraba ya en las últimas; de inmediato es llevada al departamento de Sonya, donde muere.

Ya en el lecho de muerte se negó a recibir la extremaunción y dijo, anticipando la llegada del sacerdote, como si adivinara de qué se trataba: -- ¿Qué un sacerdote?... No lo necesito... ¿para qué malgastar un rublo? ¡No tengo pecados!... Dios tendrá que perdonarme en cualquier caso...!bien sabe lo que he sufrido!... ¡Y si no me perdona me da lo mismo!-- eso fue lo que dijo en plena agonía. Instantes después, Katerína Ivánovna murió loca, tísica rodeada de miseria y sufrimiento.

La justicia y la ilusa razón

La figura de Katerína Ivánovna, en contraste con la de la vieja usurera y Raskólnikov, nos lleva a reflexionar sobre el papel de la justicia en la vida de los hombres que creen en ella.

Líneas más arriba señalamos cómo Katerína Ivánovna sale a la calle completamente fuera de sí y en el límite de la desesperación a buscar justicia. Y cómo en el lecho de muerte se niega a recibir la extremaunción, arguyendo que no tenía pecados de qué arrepentirse, ya todo lo había pagado y la justicia divina la tenía sin cuidado. Hay que subrayar que esto último lo dijo estando ya demente. Esta disonancia en la figura de Katerína Ivánovna pone de manifiesto el motivo del rompimiento de su razón. Por medio del discurso de la loca y por cierto <<diploma de honor>> que lo confirma, sabemos que Katerína Ivánovna no siempre fue la tísica demente en que se había convertido, por causa del excesivo sufrimiento. Siendo ella una mujer honrada, de buena cuna, podemos suponer que cuando cayó en desgracia, y entre más se hundía en ella, le pidió a Dios con toda la fe de que fue capaz que no la abandonara, se aferró a él para no matarse en su desesperación.

Su indiferencia hacía Dios estando ya loca nos hace, también, suponer que Dios nunca la escuchó y en medio de su desesperación perdió la fe y entonces la razón se le quebró. Por eso ahora ya loca moribunda, Dios la tenía sin cuidado, estaba en paz consigo misma, las últimas palabras de Katerína Ivánovna dejan entrever la relación que hay entre sufrimiento, conciencia moral y Dios. El sufrimiento que había padecido le daba la paz a su conciencia y su falta de fe le hacían exclamar con razón que no se gastara inútilmente un rublo en el párroco, pues en caso de existir Dios, tendría que perdonarla necesariamente y sí no existía daba igual. ¿Entonces para que malgastar un rublo?

Contrastemos la muerte de Katerína Ivánovna con la de la vieja usurera que vil, y taimada, pensaba salvar a su alma del infierno mandándose a decir misas pagadas con el dinero de las usuras, veremos que a diferencia de Katerína Ivánovna que murió en paz, Alióna Ivánovna es asesinada de una manera horrible por Raskólnikov, como si la justicia divina hubiera, por medio de su mano descargado el hacha en su cabeza.

Finalmente está la figura de Raskólnikov quien, sintiéndose superior y sabiendo que lo que le corresponde como ser superior no le va a llegar del cielo ni de los hombres por propia voluntad, sale a la calle en busca de ello. Lo mismo que Katerína Ivánovna sólo que a diferencia de ella llevaba un hacha bajo el brazo.

Por último, y desde un punto de vista neutral en relación a la existencia o no existencia de Dios, podemos preguntar qué es más justo o más injusto: ¿La vida que llevó la atormentada Katerína Ivánovna? ¿La muerte que recibió la vil y perniciosa vieja? o ¿Matar a un piojo como lo era la vieja usurera por alguien como Raskólnikov?

La justicia en la figura de Katerína Ivánovna se ve como algo que si es humana nunca llega a los pobres y que si es divina ya podemos volvernos locos implorándola sin ser oídos porque probablemente no haya nadie quien escuche.

La figura de Alióna Ivánovna deja ver un juego por demás irónico, pues ella que era completamente injusta recibe la muerte que merece, lo que abre de nuevo la posibilidad a la existencia de un ser superior o por lo menos a lo incierto.

La figura de Raskólnikov hace ver a la justicia como algo que es de quien es capaz de tomarla y hacerla valer ante los demás hombres.

Al fondo de esta meditación Dostoyevski, muestra al ideal de la justicia como un asidero para la fe y la razón, en momentos críticos de incertidumbre y desesperación. Juega con este ideal al presentarlo con un doble rostro: el de lo humano y lo divino. Y con esta ambigüedad construye una paradoja con la que desgarrar lo frágil que hay en la razón, al despojarla de la ilusión o hundirla en el

engaño. De cualquier forma como se mire al ideal de la justicia, éste no tiene corazón, antes bien es cruel y despiadado, por ser una abstracción que la razón construye para estructurarse y mantenerse cuerda en este mundo que se desenvuelve y que nos envuelve. Por esto, en el momento en que la razón es empujada por la desesperación a darse cuenta de que dicha abstracción no existe o que existe solamente como una ilusión, la razón se revierte loca y es entonces que sale a la calle a buscar justicia, a veces llevando una cacerola como tambor y otras con un hacha como solución.

Profunda agudeza la de Dostoyevski al mostrar este auto engaño de la razón que, naturalmente, no va a ser reconocido por nuestros consabidos moralistas. ¿Cómo va a ser posible que la justicia sea una ilusión? – Se escuchan sus voces-- ¡si es lo más sensato que hay! Ya se les ve caer desmayados de pura indignación. Dostoyevski mira con malicia a quienes afirman que la justicia es algo en sí, y a nosotros nos deja con la profunda reflexión que implica reconocer su inexistencia, pues eso equivale a reconocer que no hay un sentido de la moral ni en lo divino, ni en lo humano, además de que sigilosamente da rienda suelta a los malvados instintos.

IV

La estrategia de Porfiri Petróvich, juez de instrucción.

Como es sabido, Porfiri Petróvich tenía su cargo la investigación del caso concerniente al asesinato de la vieja prestamista Alióna Ivánovna y su hermana Lizaveta. Por lo tanto, estaba atento a los pasos que daba Raskólnikov, su principal sospechoso, pues desde que escuchó hablar de su desmayo en la comisaría se despertó su curiosidad por él. Luego vino la lectura del artículo escrito por Raskólnikov; más adelante se enteró de su delirio y su ‘escapada’ al

palacio de cristal por medio de Zamiótov, el joven secretario de policía que también lo había visto desmayarse. Zamiótov le contó cómo le espetó a la cara que él había matado a la vieja y cómo ahí mismo hizo sorna de sus propias palabras como si se tratara de una burla. De ese modo Porfiri iba acumulando sospecha tras sospecha, rumiando que de ser Raskólnikov el asesino de la vieja sería un adversario de primera, así que se dispuso a esperar pacientemente, hasta que éste fuese a visitarlo, lo que sucedió aquella mañana en que Raskólnikov entró acompañado de Razumíhin en su casa, en aquella primera ocasión en que se conocieron, lo estuvo escrutando atentamente, no dejó pasar la oportunidad de hacerlo víctima de escarnio, con la intención explícita de poner fuera de sí a su joven visitante. Se mofa de él y de su artículo en sus narices, esperando conseguir que su rabia y su indignación lo traicionen. En su segundo encuentro al día siguiente, de nuevo Raskólnikov se dirigió por su propio pie a la comisaría para encararlo nuevamente, pues estaba obstinado en averiguar si éste estaba enterado de su visita al apartamento de la vieja. En esta segunda ocasión, Porfiri arremetió cruel y descaradamente en contra de Raskólnikov, lo atormentó diciéndole que él era el asesino y luego que él no era el asesino. Le dijo que sabía que había ido a tirar de la campanilla, pero este dato, que, no tenía por qué decírselo, se lo decía porque confiaba en él, sumiendo a Raskólnikov de manera atroz en la angustia, la incertidumbre y la indignación, usando exactamente el mismo juego suicida que él jugara con Zamiótov aquella tarde durante su encuentro en el palacio de cristal. Con este tormento consiguió casi enloquecerlo, pero entonces fue que sucedió algo completamente inesperado para ambos: Nikolai, desquiciado, irrumpió y se declaró culpable ante el sombrero de Porfiri Petróvich, Raskólnikov y una docena de gente. Nikolai, con su inusitada aparición y su descabellada declaración echó por tierra todo lo que Porfiri consiguió con Raskólnikov pues estaba apunto detenerlo. Detrás de otra puerta se encontraba el viejo que le había gritado a Raskólnikov asesino en la calle, y esto él no lo sabía. Muy probablemente sus

nervios no hubieran resistido una impresión semejante y de efecto muy contrario al alivio que le causó la repentina confesión de Nikolai. Raskólnikov miraba receloso la escena que se desenvolvía frente a él; milagrosamente se había salvado. Ya en las escaleras al despedirse, ambos contendientes, les temblaban las manos, Raskólnikov apenas si se podía sostener en pie y sin embargo seguía ironizando.

La última vez que se vieron fue Porfiri quien se llegó hasta la buhardilla que le servía de refugio a Raskólnikov; este último encuentro fue decisivo para él, pues como el propio Porfiri se lo dijo, fue a poner las cartas sobre la mesa, no estando obligado a hacerlo. Y ahí mismo comenzó a hacer un recuento y escrutinio de los motivos de sospecha que tenía en su contra; se disculpa y se excusa de su anterior conducta para con él. Porfiri hablaba y se comportaba como si todo hubiera sido una equivocación que había quedado ya en el olvido. Pero cuando Raskólnikov le preguntó, muerto de incertidumbre, quién era el asesino, éste respondió como asombrado de su pregunta y le contestó; -- ¿Cómo que quién? ¡Pues usted Rodión Romanóvich, usted y nadie más!--, Raskólnikov se quedó helado, Porfiri estaba seguro de ello. Todo había terminado ya para él, no tenía caso fingir más; Porfiri le hizo ver que no tenía sentido huir, matarse no valía la pena, y de cualquier manera lo pensaba detener. Ya que contaba con una prueba misteriosa, que por cierto nunca se supo si existía de verdad o era un mero artificio psicológico. De modo que lo invitó abierta y francamente a confesar su crimen. Era lo mejor para todos. El juez de instrucción por su parte se comprometía a hacer parecer su confesión como espontánea y ayudarlo en lo posible. Y todo ello porque le tenía sincero aprecio.

El hacha y la muerte de Dios

En este pasaje se puede observar en las figuras antagónicas de Raskólnikov, asesino, y Porfiri Petróvich, juez de instrucción, el carácter calculador, instrumental, contradictorio e insuficiente de la razón.

El deber de Porfiri Petróvich como juez de instrucción es observar la ley y hacer que ésta se cumpla. Está encargado de hacer valer lo que la razón objetivada general *interior*, es decir el estado, dice que se debe hacer y que no se debe hacer. Trabaja en el departamento de investigación criminal y, a juzgar por sus dos grandes pasiones, podemos inferir que se complacía ampliamente en su trabajo pues éste le permitía combinar y disfrutar su pasión por las estrategias militares y su pasión por la psicología. Combinación que hacia de Porfiri Petróvich un formidable, malicioso y astuto juez de instrucción. Advertido de antemano del desmayo de Raskólnikov en la comisaría, su extravagante delirio y su curioso comportamiento con Zamiótov, había calado ya en buena medida en el talante de su principal sospechoso y adivinó el razonamiento que dirigía sus pasos, cuya máxima y consecuente es el siguiente: "si yo hubiera asesinado, naturalmente que no se lo gritaría a un policía a la cara en un restaurante lleno de gente, tampoco iría con una sonrisa a la casa del juez de instrucción a cargo de la investigación para señalar como mías, dos prendas que forman parte de la evidencia criminal. Y puesto que lo hago entonces no soy el asesino". Por lo que Porfiri, como parte de su estrategia se dispuso pacientemente a esperar, pues, sabía que tarde o temprano Raskólnikov iría a visitarlo, en efecto la forma de actuar de Raskólnikov era contraria la que se esperaría de un criminal cualquiera, por lo demás nadie sabía que él era el asesino, y no había ningún tipo de prueba material que demostrara lo contrario. Y para explicar su temblor y palidez estaba su enfermedad.

En sus dos primeros encuentros, Porfiri Petróvich, asimismo, como parte de su estrategia, no hace otra cosa que burlarse de él, escarnecerlo y ponerlo en ridículo,

sabiendo que el orgullo de Raskólnikov no resistiría y acabaría por traicionarlo, aún más de lo que su rostro pálido y convulso dejaba traslucir sobre la enfermedad. Para colmo utiliza el mismo razonamiento de Raskólnikov adaptándolo a él, juez de instrucción, y le dice: “Sí yo pensara que usted es el asesino, naturalmente que no le diría esto y lo otro. Pero, puesto que se lo estoy diciendo entonces no sospecho de usted”. Con esto Porfiri Petróvich, con toda su gordura, su cabeza calva y su psicología, había conseguido poner a Raskólnikov frente al espejo. No sólo lo descubrió sino que lo sitió. Para después, también, como parte de su estrategia y sabiendo que un hombre en sus mismas condiciones es capaz de todo, hasta de matarse, en su tercera vista, le ofrece una ‘via de escape’, consiguiendo con este proceder que Raskólnikov se entregue por su propio pie.

En la confrontación entre los dos adversarios, criminal y juez de instrucción, cuyo terreno común es la estrategia, se muestra el carácter calculador y a la vez insuficiente de la razón. Que no obstante, lo fría y despiadada que ésta puede llegar a ser, no puede subyugar, sin embargo, a un aspecto de lo humano que tiene que ver con las emociones y los sentimientos, pues Raskólnikov nunca supo dominarse del todo y mentir en consecuencia y acabó por traicionarse. También Porfiri Petróvich al final se portó condescendiente y casi humano, y no como su deber se lo exigía, por eso es que su última entrevista se lleva a cabo en la buhardilla de Raskólnikov y no en la comisaría. Aunque cabe la duda de si esta era otra de sus astucias y por eso, con razón, Raskólnikov desconfiaba de él. Pero el caso es que el juez de instrucción cumplió su palabra y Raskólnikov salvó su vida. Por otro lado, tanto Raskólnikov como Porfiri actuaban desde distintos principios de la razón objetivada, y según los principios de cada uno actuaban correctamente. Desde este punto de vista, es impropio juzgar a Raskólnikov,

con los principios de Porfiri,² pues, éste actuó desde otros principios y otro fundamento. Incluso más elevado que el de Porfiri puesto que el fin de éste era general mientras que el de Raskólnikov era universal. Y sin embargo podríamos decir que ambos tienen razón. Pero decidir quién de los dos está en lo cierto ya no es tan fácil, pues esto supondría que conocemos con verdad lo que está más allá de la razón y no tan sólo el fundamento y los principios en los que ésta sustenta a la acción. Lo que nos hace pensar que la razón en este sentido es tan sólo un instrumento que lo mismo nos puede llevar a creer que todo aquel que mata bajo cualesquier circunstancia a otro ser humano es un delincuente ó que es lícito asesinar bajo ciertas condiciones con un fin universal. De ahí la ambigüedad del 'delito' de Raskólnikov y el carácter instrumental, contradictorio e insuficiente de la razón.

Por último, en esta meditación se puede comenzar a vislumbrar más claramente el problema que ya planteaba, Dostoyevski, con la locura de Katerína Ivánovna, pero ahora desde la perspectiva de la muerta Alióna Ivánovna, a saber: la existencia o no existencia de Dios: como fundamento de la acción humana.

Con el asesinato cometido por Raskólnikov, Dostoyevski, ilumina uno de los problemas más sutiles y delicados de la filosofía de la moral y la ontología: la relación que hay entre la voluntad divina, la voluntad de poder, la conciencia moral correspondiente y la acción de que es consecuencia.

Sin lugar a dudas la voluntad divina (en este caso la cristiana), cuyo sustento es la idea de Dios, viene dirigiendo la conducta humana desde hace dos mil años, intoxicando con la culpa y el pecado al espíritu humano, sofocándolo con el tufo que exhala la lastima por los débiles y los necesitados. Por su parte *Porfiri*

² El fundamento moral de esta ley ciega que, que representa Porfiri, evidentemente, no es el mismo desde el cual Raskólnikov mató, razón, por la cual, lo condena propiamente sin juzgarlo. De ahí que todo juicio 'legal' sea insuficiente para juzgarlo.

Petróvich viene dando condenas y latigazos a todos aquellos que se salen o rompen los límites trazados por él en representación del estado.

Dostoyevski, al universalizar el asesinato de Raskólnikov y fundamentar su acción en la voluntad de poder: la idea de que no hay Dios, no hace si no hundir el espíritu del hombre en una moral desconocida o poco explorada, pero eso sí, menos soporífica y más sanguinaria. Cuando Raskólnikov deja caer el hacha sobre la cabeza de la vieja, Dostoyevski, nos deja ver que lo que esta de fondo es la crisis ontológica que plantea éste asesinato, que por cierto nunca resuelve, tan sólo nos deja frente al abismo y la orfandad cósmica, pues Raskólnikov al momento de dejar caer el hacha sobre la cabeza de la vieja actúa desde la voluntad de poder, y al rompérsela y matarla reafirma dicha voluntad de poder y demuestra la idea de que no hay Dios, es en ese sentido que la muerte de la vieja simboliza la muerte de Dios. Por esto mismo, Porfiri Petróvich como Porfiri Petróvich, sabe que Raskólnikov no es del todo un criminal, y probablemente tampoco un pecador, simplemente, cumple su deber y se lava las manos.

Con esto, Dostoyevski, deja en manos de la ontología y de filosofía de la moral la resolución del enigma de condición moral de Raskólnikov, tarea nada sencilla de resolver dadas las características del asesino y el supuesto y las condiciones en que se realizó.

V

La última noche de Svidrigáilov en la tierra

Svidrigáilov era un tipo del que se contaban historias oscuras, se decía por ejemplo que en otro tiempo había llevado una vida licenciosa, que para casarse con él, la difunta Marfa Petróvna había pagado una fuerte cantidad de dinero por su libertad, pues este se encontraba preso, se le acusaba de haber ultrajado a una

adolescente. Marfa Petróvna se lo llevó consigo al campo. Ambos convinieron en que él tuviera alguna distracción con alguna muchacha de la casa, siempre y cuando no tuviera ninguna importancia para él. Svidrigáilov también tenía fama de tratar mal a la servidumbre, se le imputaba la muerte de Filka un criado suyo, pero según Svidrigáilov este tenía algo de filósofo casero y el no hacía más que reír y divertirse a su costa. Y el otro se acabó ahorcando. Pero en general, según una observación de Dúnya, era querido por el servicio. Svidrigáilov había vivido al lado de Marfa Petróvna cómodamente alrededor de siete años hasta que Dúnya con su belleza y todas sus cualidades llegó a trastornarlo sin ella proponérselo. Svidrigáilov acabó prendándose de ella tan apasionadamente que aunque al principio no lo demostró, acabó por no importarle nada, ni Marfa Petróvna ni nadie excepto Dúnya. Le propuso a Dúnya que se fugará con él, y es probable que en algún momento haya estado cerca de irse con ella, pero finalmente la respuesta de Dúnya fue negativa, la relación que tenía con ella se fue a pique y luego vino el escándalo. Marfa Petróvna cegada por los celos culpó a Dúnya, y la echó a la calle, aunque terminó disculpándose con ella y arreglando su matrimonio con Piotr Lúyin. Svidrigáilov no podía sufrir ni concebir semejante matrimonio, estaba locamente apasionado por Dúnya y no podía imaginarla casada, y menos aun con la cucaracha de Lúyin. Cuando se enteró que Dúnya salía hacia San Petersburgo para casarse se fue enseguida tras ella, tan sólo se demoró, lo que le llevó el entierro de Marfa Petróvna que, según después se dijo también fue muerta por él. Una vez en Petersburgo Svidrigáilov se puso en contacto con madame Resslich, en tanto se familiarizaba de nueva cuenta con algunas las sórdidas tabernas de San Petersburgo, que más bien parecían coladeras. Por una casualidad se enteró de la dirección de Raskólnikov al pasar justo enfrente de su casa, cuando Raskólnikov y Razumíhin que se dirigían a la casa de Porfiri se despedían en la calle, de Sonya, que había ido a invitar a Raskólnikov al pisolabis funerario, y ahora se encaminaba a su casa. La sorpresa

de tan repentino encuentro y la familiaridad del rostro de Sonya hicieron que Svidrigáilov la siguiera, recordaba haberla visto antes pero no recordaba donde, resultó para su mayor asombro que Sonya era vecina suya. Svidrigáilov se acercó a ella y algo le mencionó al respecto de su vecindad, pero Sonya iba como iba apenas si se enteró de nada. Raskólnikov de regreso de su primera entrevista con Porfiri se encaminó tan rápido como pudo con dirección a su cuchitril, pues temía un registro, pero nada, en cambio apareció el viejo que lo llamó asesino, después estuvo teniendo pesadillas con la muerta, luego abrió los ojos y frente a él se encontraba Svidrigáilov. Este se presentó y acto seguido reveló sus intenciones de pactar algún tipo de alianza con él, para evitar el matrimonio de Dúnya con Lúyin. Durante el tiempo que duró la entrevista ambos caballeros se examinaron atentamente, había algo en ellos que recordaba a la afinad y que sin embargo no lo era, pero que hizo que ambos quedaran intrigados el uno por el otro, más adelante dada su proximidad respecto a la casa de Sonya, Svidrigáilov escuchó con gran interés el par conversaciones que Raskólnikov sostuvo con ella en el cuarto contiguo, en ambas ocasiones estuvo muy atento a las palabras horribles que salían de la boca blasfema del joven, y término enterándose junto con Sonya que él era el asesino de la vieja usurera. Raskólnikov y Svidrigáilov se volvieron a ver frente al cadáver de Katerína Ivánovna, este último se hizo cargo de la situación y de paso le hizo saber de manera casi jovial a Raskólnikov que conocía su secreto. Tres días después se volvieron a encontrar en el mismo lugar y Svidrigáilov se sorprendió del aspecto de Raskólnikov y le recomendó enigmáticamente lo mismo que le recomendaría el juez de instrucción, tomar ¡aire! El último encuentro que tuvieron se llevó acabo en una taberna del Obuhovski Prospek, cuando Raskólnikov fue a parar a ahí sin saber muy bien por qué. Svidrigáilov no quería ser visto por él especialmente aquella tarde y trató de ocultarse. Pero fue descubierto y no tuvo más remedio que charlar con Raskólnikov. Svidrigáilov le contó entonces un par de episodios románticos de su vida y algunos detalles de

su romance con Dúnya. Raskólnikov lo escuchó y terminó por concluir que ese sujeto misterioso era un libertino y que ahora más que desconfiaba de las intenciones de él, respecto a Dúnya, y amenaza con matarlo si se acerca a ella. Svidrigáilov tranquiliza sus escrúpulos diciéndole que tiene una novia y se va a casar con ella, una criatura, apenas tiene dieciséis años. Svidrigáilov se marcha y aun batalla para deshacerse Raskólnikov que se obstina en seguirlo. Cuando lo consigue se encamina hacia el mercado de heno en busca de Dúnya, a la que había citado por medio de una carta en la que hacía alusión a la situación de su hermano. Dúnya y Svidrigáilov tienen un enfrentamiento cuando ella ya histérica se niega aceptar lo que este le ha dicho sobre lo que sabe de su hermano, y lo acusa de haberla engañado para conducirla y encerrarla en su apartamento. Svidrigáilov intenta calmarla, le promete salvar a su hermano a cambio de una palabra suya, le suplica, pero es en vano Dúnya, no lo quiere. Como último recurso apela a la fuerza, en ese momento la bella muchacha saca un revolver con tres tiros y le dispara dos veces fallando en ambas ocasiones dejándole un hilillo de sangre que le escurría por la sien. Cuando Svidrigáilov estuvo a dos pasos y era imposible fallar el tiro, Dúnya arrojó el revolver. Él se acercó y la rodeo con los brazos, ella permanecía como un animalito indefenso que suplicaba con los ojos, él preguntó si no lo quería y ella dijo—No. Svidrigáilov en un gesto que le desgarraba el alma le dio las llaves y la dejó partir, momentos después él también salió llevándose el revolver.

Estuvo vagando en la noche durante la cual cayó un tormenta, fue a visitar a Sonya, le dio tres mil rublos para los gastos en Siberia y liquidó el resto de los asuntos que tenía con ella. Saliendo de ahí se encaminó donde su novia e hizo otro tanto, le dejó quince mil rublos que la madre guardó, pasó el resto de la noche, con fiebre y pesadillas en el cuartucho de un hotel. Al alba se pegó un tiro en la sien derecha frente a un policía que perplejo lo miraba.

El carbón ardiente, el bien y el mal

En este pasaje se puede apreciar en las figuras Svidrigáilov y Raskólnikov, el sutil rompimiento del límite entre el vicio y la virtud, donde la pasión y la razón se excluyen y lo bueno y lo malo se disuelve y ya no se le reconoce.

A juzgar por los actos de Svidrigáilov y a partir de las historias que de él se contaban podemos inferir que no se trataba de un tipo cualquiera, sino de alguien que podríamos definir, a falta de una definición mejor, como “especial e interesante”, prueba de ello es la loca pasión que despertó en Marfa Petróvna. A la que nada le importó, ni el dinero ni la maledicencia de la gente antes y después de su matrimonio, tanto lo amaba que, hasta le permitió tener alguna amante, eso si, siempre y cuando no se tratara de algo serio. Por eso se puede entender el ataque de celos de que fue víctima al enterarse de que Svidrigáilov estaba enamorado de Dúnya y, que acabó por llevársela a la tumba de un coraje. Luego, están el par de mujeres que Svidrigáilov sedujo. Tampoco es difícil suponer que a Dúnya no le era indiferente del todo, incluso casi podríamos afirmar que tenía cierta inclinación por él, pero debido a sus principios morales, no podía entregarse a su sentimiento. En suma podemos afirmar que Svidrigáilov poseía algo que gustaba a las mujeres, también era un sujeto generoso, como lo muestran los rasgos que tuvo con la gente que lo rodeaba, con los hijos de la difunta Katerína Ivánovna, con Sonya y con su novia, a la que probablemente quiso salvar de un destino como el Dúnya o como el de Sonya, pues la pequeña ya estaba en tratos con madame Resslich. Pero sobre todo Svidrigáilov era un tipo sumamente apasionado, cuando conoció a Dúnya se aburría, y dado su temperamento se enamoró perdidamente de ella, olvidándose de lo demás. Y al verse perdido, sin ella, decidió acabar con su vida. Para Svidrigáilov la vida sin Dúnya carecía de sentido y ya no podía refugiarse en la depravación casándose con la adolescente.

Porque eso equivalía a convertirse en una especie de Piotr Lúyin o algo peor y prefirió irse América que vivir solo en el vacío endulzado por el sopor.

La noche en que Svidrigáilov decidió quitarse la vida no era el único que se debatía entre la vida y la muerte, Raskólnikov participaba otro tanto del mismo tormento, aquella era una noche de tormenta, clara analogía, con la batalla interior que cada uno de ellos libraba en su interior, Raskólnikov por su parte, aquella noche, tenía dos opciones Siberia o la crecida del Neva, sus demonios eran la vergüenza, la ignominia, el asco y el desprecio que sentía por sí mismo, aunado al sufrimiento de su madre y hermana, se consideraba peor que un piojo, que no había sabido matar siquiera. Sin embargo, no tenía de que arrepentirse, Raskólnikov a diferencia de Sonya no tenía un Dios que lo salvara, todo lo que le quedaba era la muerte, y el ofrecimiento de Porfiri. Entregarse equivalía a sufrir la peor de las humillaciones y para no sufrir la vergüenza y la humillación quería acabar con todo arrojándose al Neva; pero en un arranque de orgullo decidió afrontar su situación.

La diferencia entre Raskólnikov y Svidrigáilov estriba en que el último había vivido y muerto de acuerdo a sus pasiones, la razón para él era un mero instrumento, en contraposición a Raskólnikov que estuvo a punto de perder la vida a causa de un principio racional, mientras Svidrigáilov perdió el sentido de la vida y se consumía, Raskólnikov tenía vergüenza. No es tanto de extrañar que Raskólnikov quedara vivo.

La figura de Svidrigáilov en contraste con la de Raskólnikov nos permite contemplar otra forma del fundamento de la acción, a la que podríamos llamar con justa razón amoral, pues, esta nada tiene que ver con los principios de la razón objetivada en ningún sentido. Sino, con la ardiente sensualidad y la desbocada pasión, la función de la razón en esta otra forma de fundamentar a la acción, es tan sólo únicamente la de procurar los medios para aplacar al ardiente carbón en que puede llegar a convertirse el corazón humano.

Svidrigáilov era uno de esos enfebrecidos corazones para los cuales no hay diferencia entre bien y mal. Y a los que comúnmente se les asocia con el 'vicio', con la sensualidad y el mal, que por 'naturaleza', es decir, desde que se dividió el alma del cuerpo; se opone a los principios de la razón objetivada, es decir al 'bien'. No obstante, lo anterior, la figura de Raskólnikov que, como sabemos se movía por un principio de la razón objetivada, muestra que, la razón no siempre es causa del bien sino que hay algunos casos en los que ésta puede destruir siguiendo sus ideales de 'virtud'.

Con el contraste que surge entre las figuras de Svidrigáilov y Raskólnikov, Dostoyevski, plantea un reflexión que tiene que ver con otra forma de actuar en el mundo que poco o nada tiene que ver ya con la fría razón y sus principios, sino, con lo que acontece en el carbón ardiente que resulta ser: la locura divina, la energía erótica que enloquece a los hombres; que llamamos: pasión humana.

El apasionado posee la suficiente energía erótica para saltar por encima de todos los principios racionales, sí es preciso para conseguir su *fin*, la razón para él no es la reina y señora (principio y fin) de sus acciones, tan sólo su instrumento.

El apasionado va por el mundo ciego, sordo y sin juicio, no tiene conciencia de sus actos y ni le importa, es capaz de todo por estar cerca del objeto de su pasión e igualmente es capaz de todo si lo llega perder. En suma el apasionado puede llegar a ser un sujeto peligroso, que puede ser visto como un ser oscuro y siniestro, pero también es cierto que los ideales de la razón pueden ser igualmente peligrosos, oscuros y siniestros o aún más.

Por otro lado el apasionado no puede ser completamente 'malo', por la sencilla razón de que las grandes pasiones se engendran en los grandes corazones, en los corazones nobles. Es el vicio el que se aloja en las almas viles.

En conjunto, con el contraste que surge entre estas dos formas de actuar en el mundo, Dostoyevski parece estar preguntando a los filósofos de la moral ¿si es verdad que la pasión es causa del 'mal'? o ¿si la razón lo es de la virtud? o ¿si esta

también lo es del 'mal', aunque nunca lo reconozca y argumente que todo lo que hace es en beneficio de la humanidad?

Con estas interrogantes Dostoyevski parece poner en tela de juicio, según nosotros, es la revaloración de esta otra forma de actuar que acontece más allá del bien y del mal, en la esfera del corazón de los hombres que lo tienen.

VI

Camino a Jerusalén

Raskólnikov después de haber pasado aquella horrible noche de tormenta, debatiéndose en el dilema mortal de suicidarse para no sufrir la vergüenza de su fracaso, sin pasar por un cobarde. Finalmente decide declararse culpable en la comisaría, pero esta declaración oficial tan sólo es la punta del iceberg, pues, con anterioridad, le había revelado su horrible secreto a Sonya. Curiosamente Raskólnikov, había pensado en Sonya para hacerla participe de su abominable secreto, la misma tarde en que conoció a Marmeládov, al salir de la casa de la vieja usurera, y este le habló de ella por primera vez. Raskólnikov, dos días después, se convirtió en asesino, pasaron nueve días hasta que, Raskólnikov se encontró de nuevo con Marmeládov, desfigurado en la calle. Ese día vio a Sonya por primera vez. Luego vino la entrevista con Porfiri y el rompimiento del compromiso de Dúnya con Lúyin. Al terminó de este último suceso Raskólnikov se despidió de su familia y la puso en manos de Razumíhin, que lo había alcanzado para reprocharle su incompresible y cruel comportamiento; pero después de lo que vio o creyó ver en los ojos de Raskólnikov, volvió al lado de las mujeres.

Raskólnikov fue directo a la casa de Sonya, una vez dentro, una sola mirada le basto para darse cuenta de la miseria en que vivía. Sin muchos preámbulos y aun menos cortesías, Raskólnikov empezó a llamar la atención de la muchacha hacia su situación actual y su situación futura, y la de los pequeños. Y como para hondar

en su alma, le habló de Katerína Ivánovna, Sonya de tan buena que era sólo sentía amor y respeto por la tísica. Con amarga malicia, Raskólnikov intentaba ponerla de frente con lo insensato de su situación, Sonya lo oía, pero se negaba a escucharlo, a cada nueva embestida de Raskólnikov ella se limitaba a responder, como si con ello remediara algo, que Dios no lo permitiría.

Sonya creía ciegamente en Dios, ni siquiera podía imaginar las horribles palabras que salían de los labios de Raskólnikov, cuando éste le dijo que tal vez no hubiera ningún Dios, sus palabras sonaron como la peor de las abominaciones en sus misericordiosos oídos. Sonya era una muchachita de lo más piadosa que lo había sacrificado todo por los otros, Raskólnikov debió de haber visto en ella casi una santa en ella, pues en un arranque no se sabe muy bien de qué, le besó el pie. Sonya no entendía y no comprendía ni las palabras y ni las acciones de Raskólnikov, este por su parte no alcanzaba a comprender cómo era posible vivir, como ella, con sentimientos puros entre la desvergüenza y la depravación sin matarse. ¿Qué era lo que le impedía no salir volando por ventana? ¿Por qué no perdía el juicio como Katerína Ivánovna? ¿Por qué no se había convertido aun en una codiciosa ramera? Sencillamente porque tenía fe en Dios y amaba a los niños. Sonya o era una boba o una santa.

Fue entonces que Raskólnikov descubrió una sobada Biblia e hizo que Sonya le leyera el pasaje referente a la resurrección de Lázaro. Sonya al principio no quería leer para un ateo, además no le gustaba la idea de que él mirara en su interior. Pero al final su devoción se impuso y ésta leyó toda turbada y con gran emoción todo el pasaje, Raskólnikov le prometió antes de salir, revelarles la identidad del asesino de Lizaveta y su hermana a la noche del día siguiente. Pero, sucedió que al día siguiente, Sonya tuvo que salir casi huyendo de la casa de Katerína Ivánovna, en medio del zafarrancho en que se había convertido la loca comida de exequias en honor a Marmeládov, Raskólnikov salió de tras ella dispuesto a cumplir su promesa ahora más que nunca, cuando la tuvo enfrente aprovechó el reciente

incidente con Lúyin para comenzar a explicarse. Le preguntó sí estaría dispuesta disponer de la vida de una cucaracha como Lúyin, si ello estuviera en su mano. Sonya le respondió que ella no era Dios para disponer de la vida de los demás, quienes fuera que sean. La fe de Sonya era inquebrantable, él no se daba a entender y sólo la estaba lastimando. El momento de decir la verdad había llegado y Raskólnikov no tenía las palabras ni el aliento para pronunciarlas. Así que tembloroso y convulso dejó que Sonya lo adivinara cuando la miró con sus ojos de desgraciado y le dijo--¿no adivinas? Cuando Sonya por fin lo comprendió, lo abrazó y lloró porque lo consideró el ser más desgraciado de la tierra, Raskólnikov ya no pudo más con la carga que traía a cuestas y trató nuevamente de explicarse, pero más que una explicación se trataba de una justificación, y lo hizo más para sí que para Sonya. Recurrió al ejemplo de Napoleón como paradigma de hombre superior y lo desechó, para luego reducirlo a su caso concreto. Y comenzó a hablar de la miseria y pobreza en que vivía, necesitaba dinero para dar sus primeros pasos, en lo que se forjaba como hombre de bien, sin tener que mortificar a su pobre madre. Pero no, tampoco era eso, tras una pausa aclaró que, estando enfermizo se tumbó a cavilar en su galera acerca el derecho natural que tienen los hombres superiores sobre los que no lo son, olvidándose de todo lo demás. Y entonces mató para demostrarse así mismo que era capaz de cruzar la línea, que poseía la osadía del atrevimiento, que no era un piojo como los demás. De ese modo rompió un principio y con el mató al piojo que se negaba a ser, la vieja tan sólo había sido el vehículo, además lo tenía bien empleado. Esa era la mecánica del asesinato. Sonya lo escuchó, seguramente sin comprender una palabra, para ella tan sólo era un pobre pecador, un alma extraviada. A quien el diablo, en forma de soberbia, orgullo y razón lo había tentado y lo llevó de la mano hasta que descargó el hacha sobre la cabeza de la vieja, arrojándolo en el infierno de no poder arrepentirse, por no creer en Dios, su crimen y su pecado era no creer en Dios y entonces Dios lo castigaba, y vaya que lo castigaba, condenándolo al

infierno de la razón, la orfandad y la fría nada. Si era un pecador, y por eso, Sonya que sufría y lloraba por él, le pidió que gritara su crimen y besara la tierra que había manchado de sangre, para que Dios lo perdonara.

Raskólnikov no podía hacer eso porque no era culpable de nada, además no se había caído el cielo y algo se podría hacer. Antes de separarse Sonya quiso colgarle la cruz de sufrimiento como símbolo de penitencia a Raskólnikov, pero se dio cuenta de que aun no era el momento así que lo dejó para más tarde, entre tanto Katerína Ivánovna murió. Svidrigáilov volvió a aparecer y lo enteró de lo que sabía, para colmo Porfiri Petróvich se presentó a su departamento y puso como él decía, las cartas sobre la mesa. Para cuando Raskólnikov dejaba a Svidrigáilov después de haber estado con él en el Obuhovski Prospekt y posteriormente haberlo seguido hasta su apartamento, su situación había cambiado drásticamente. Ante él había sólo dos caminos, uno conducía a Siberia y el otro al Neva. Y durante toda aquella noche horrible de tormenta, Raskólnikov estuvo debatiéndose no sólo entre el miedo natural a la muerte y su orgullo humillado, sino también entre el miedo a la muerte, su cobardía y propia mezquindad, y su orgullo humillado por su torpeza e incapacidad, cualquier determinación que tomara, irremediabilmente implicaba la desvergüenza y la ignominia. Finalmente se desgarró en jirones y resolvió pasar por un piojo asesino que por un piojo cobarde. Aunque al día siguiente, después de haberle dicho a su madre que no lo dejara de querer nunca y haberse despedido de ella para siempre, al confesarle esto mismo a Dúnya, sonrió socarronamente para sí. Dúnya que no pensó que sus palabras lo fueran a afectar tanto le dijo que con confesar ya expiaba la mitad de su crimen. Raskólnikov estalló y gritó que él no era culpable de nada, fracasó porque había sido torpe y débil y no por que se hubiera equivocado, su idea no era ningún disparate y ahora estaba tan convencido como antes. Raskólnikov se despreciaba hondamente.

Salió si atreverse abrazar a su abatida hermana y fue directo a la casa de Sonya que, lo esperaba con el alma pendiente de un hilo, imaginando lo peor, de modo que al verlo sintió un gran alivio.

Raskólnikov le pidió entonces que le colgara su cruz, Sonya así lo hizo y se dispuso acompañarlo, pero Raskólnikov la despidió y comenzó a descender las escaleras rumbo a la comisaría. Trató de explicarse asimismo por qué le había pedido su cruz a Sonya y más aun por qué era que necesitaba de su sufrimiento.

De súbito recordó las palabras que Sonya le dijo cuando éste le confesó su crimen en el mismo apartamento que acababa de dejar; - besa la tierra que has mancillado y grita a los cuatro vientos ¡soy un asesino! Raskólnikov se inclinó y besó la tierra ante el asombro y la mofa del vulgo. Acto seguido subió las escaleras, tuvo un par de titubeos y declaró que él había matado a la vieja.

El abismo ontológico y la conciencia moral

En este sexto y último extracto se sugiere una analogía, con Raskólnikov y Sonya entre los personajes bíblicos de Cristo y María Magdalena respectivamente con la que se recubre y se ironiza a la ambigüedad que entraña la figura de Raskólnikov. Raskólnikov había elegido a Sonya para descargar el peso horrible que lo agobiaba, pensó que ella podría comprenderlo porque ella también había roto un principio, si bien es cierto diferente y por diferente motivo, pero que la dejaba fuera de la gracia de Dios. Cuando Sonya supo por su boca que él había matado a Lizaveta y a su hermana, corrió abrazarlo porque lo consideró el ser más desgraciado del mundo. Y no por lo que había hecho sino porque al no creer en Dios no podía arrepentirse, no tenía dónde descargar el sufrimiento y la

vergüenza, que llevaba a cuestras, y por último no había a quien pedirle perdón³. Raskólnikov se equivocó al pensar que Sonya lo iba a comprender, pues ésta al situarse en su antípoda, sólo podía sentir compasión por él y desearle el arrepentimiento. Por eso Sonya quería colgarle la cruz en señal de expiación. Pero, Raskólnikov no tenía nada que expiar. Sin embargo, sufría como el más desgraciado de los hombres, por momentos parecía que Dios castigaba su orgullo y sacrílega soberbia⁴.

No obstante, Raskólnikov, consciente de este equívoco regreso al buscar a la muchacha y le reveló quién era, que había hecho y lo que pensaba por entonces.

Le pidió que se marchara con él, pues ambos eran dos malditos.

Por aquellos días Raskólnikov pensaba que aun podía evadirse, hasta que Porfiri Petróvich apareció en su buhardilla, después vino aquella horrible noche en la que estuvo a punto de terminar con su vida, pero una vez que tomó la resolución de seguir viviendo y cargar con su 'error,' se dirigió a la casa de su madre y hermana. Sólo encontró a la primera y se despidió de ella como quien marcha a la cruz. Se dirigió a su apartamento y ya adentro se encuentra con Dúnya. A quien le revela el motivo de su confesión: el de afrontar la deshonra y vergüenza de haber fracasado antes que pasar por un cobarde y un inepto que en un acto de completa cobardía decidió acabar con sus días. Raskólnikov prefirió pasar por un asesino que por un cobarde⁵. Sin embargo, seguía pensándose inocente y así se lo

³ Desde el punto de vista de la moral tradicional cristiana Raskólnikov no sólo es un criminal, sino un criminal abominable, su crimen es no creer en Dios, es culpable y un pecador horrible, pues ni siquiera tiene temor del todo poderoso.

⁴ Dostoyevski, F.M. *Crimen y Castigo*². Madrid, Alianza Editorial, 2002. Pags 522-529. donde Raskólnikov le expone a Sonya los motivos de su crimen, en especial cuando le dice--: Yo quise *atreverme* y entonces maté... Sólo quise atreverme, Sonya. Ahí tienes el verdadero motivo.

⁵ Op, cit, pags, 653-655, donde Raskólnikov le declara a su hermana que había estado a punto de matarse para no tener que arrostrar la vergüenza y su sufrimiento. -le dijo--: ... pero al mirar el agua pensé que si me había tenido por fuerte hasta aquí no debo ahora temerle a la vergüenza.

hace saber a su hermana, cuando esta le dijo que confesándose, expiaba la mitad de su culpa. Raskólnikov no tenía nada que expiar.

Por último Raskólnikov se dirigió a la casa de su María Magdalena y ésta le colgó la cruz, imagen por demás irónica a la par que simbólica, pues sugiere una analogía entre Raskólnikov y el personaje bíblico de Cristo y el sufrimiento que éste padeció con el sufrimiento que éste padecía, él que no creía en Dios, sin embargo, cargaba con su cruz.

Salió de la morada de la prostituta y dirigió sus pasos con dirección a la comisaría, besó la tierra y entró, dejando a tras a una madre sufriente, angustiada y desesperada. Raskólnikov, repitió los mismos movimientos de Cristo antes de que éste besara la tierra para entrar a la ciudad de Jerusalén.

En efecto las últimas acciones de Raskólnikov son tan simbólicas que toda coincidencia queda fuera de lugar, sin embargo, aún hay una sutileza más en ésta analogía que no podemos dejar de subrayar: Raskólnikov, considerado desde el punto de vista desde el cual él se veía a sí mismo es inocente, pues, había actuado desde un principio *universal* de la razón, el cual no admite la existencia del pecado; y el crimen y el delito, tienen otro sentido, pero fracasó. Y ese fracasó lo hacía desgraciado y a ello se le aunaba el sufrimiento de su madre y hermana, así que por orgullo decidió arremeter en contra del rebaño que lo condenaba, sin arrepentimiento y sin culpa, si había roto la letra pagaría por ello, eso si lleno de un desprecio, que más bien, parecía castigo divino.

Bien puede ser que bajo este punto de vista Raskólnikov no haya cometido crimen ni delito alguno, y tan sólo sea otro 'inocente,' que derramó sangre, pues no hay que olvidar que incluso, al personaje bíblico de Cristo se le imputaba la matanza de ciertos niños inocentes.

Ambos personajes derramaron sangre, ambos cargaron con el sufrimiento del rebaño que los condenó. Cristo porque había venido al mundo y Raskólnikov porque no creía en Dios.

Por último, si en esta analogía con Cristo, algo no corresponde, es el símbolo que podemos interpretar como el ateísmo de Raskólnikov, que a diferencia de este, él no tenía padre.

A lo largo de este escrito, hemos podido apreciar la forma en que nuestro artista íntima con el problema ontológico del fundamento de la moral, que a ocupado a filósofos, teólogos y hasta juristas, los cuales en vez de responder, se han limitado a dar una serie de máximas, principios y reglas de conducta que las más de las veces resultan ser parciales y desnaturalizadas.

Ya en este último apartado se puede ver, con mayor claridad, y con una visión ya más en conjunto, y en relación con los otros cinco, cómo Dostoyevski, al fondo del argumento de esta magistral novela, examina a éstas 'morales' a la luz contrastante de la multiforme y complicada naturaleza humana, con lo que consigue poner de manifiesto, que el problema es con mucho, más complicado de lo que estos filósofos, teólogos y juristas nos quieren hacer creer con todas sus máximas, principios y reglas de conducta.

Y no sólo eso, sino que, con este mismo problema, con un toque de ironía y valiéndose de símbolos, Dostoyevski, ha construido una excepcional paradoja, en la que su personaje principal guarda una analogía con Cristo, con la que, nos coloca, no sólo frente aun fuerte problema de carácter ético-religioso, sino, y sobre todo, frente aun problema de carácter ontológico en relación a la conciencia moral que se mantiene al margen de lo religioso.

Cómo salvar el abismo ontológico entre lo que no se puede conocer y la conciencia moral, pues esta, a su vez, necesita sustentarse no ya en una máxima, sino en, un principio ontológico, el cual la razón por sí misma, es incapaz de darse.

Cómo hacer, sí por un lado, la razón es insuficiente y hasta perjudicial para el espíritu humano, por ser ella el origen de la conciencia moral, de los juicios de valor entre lo bueno y lo malo, entre la culpa y el pecado.

Y, por otro lado, no podemos imaginar un universo humano sin conciencia moral porque eso supone un peligro mortal para el género. Y es este, según a nuestro parecer, el dilema que Dostoyevski ocultó en el fondo del argumento de ésta magistral novela, con la grotesca analogía entre Raskólnikov y Cristo.

Conclusión.

Dostoyevski y el *enigma* de la condición moral de Raskólnikov.

Nuestra inmersión por las profundas imágenes que le dan vida a esta novela, en seis pasajes, en los que se exhibe, no sólo, un fuerte problema de carácter ético-religioso, sino, y sobre todo, un problema de carácter ontológico en relación a la conciencia moral, que se mantiene al margen de lo religioso que Dostoyevski, ocultó bajo la ambigüedad, las contradicciones y la incertidumbre que entraña la imposibilidad respecto al juicio moral Raskólnikov, esta por terminar.

Durante nuestro recorrido observamos cómo el artista no sólo socava los principios legales y los valores morales cristianos, con la figura del *anticristo* que encarna Raskólnikov, el *demonio* de Svidrigáilov, la *cucaracha* de Lúyin, la *santa* de Sonya, la *loca* de Katerína Ivánovna; en suma cada uno de los personajes que le dan vida a la obra. Sino, que los trasciende al mostrar que bajo la superficie del crimen cometido por Raskólnikov, y su desgarramiento moral subsiguiente, se oculta, una especie de olvido cósmico que nos impide *recordar* nuestro origen y nuestra misión, y que nos hunde en un abismo de incertidumbre y sin sentido. Caso concreto, respecto al 'crimen' cometido por Raskólnikov, hay un detalle que no podemos pasar por alto, dada su influencia determinante y lo indeterminable de su origen. A saber: la forma en que interviene una fuerza externa a Raskólnikov, que es la que la fija la fecha y la hora en que cruzaría la línea, a ésta fuerza extraña⁶ no la podemos determinar con certeza ni con incertidumbre. Sino con ambas.

⁶ Esta fuerza extraña aparece constante a lo largo del argumento y es siempre ambigua, elegimos esta imagen como ejemplo, por que consideramos que es en donde se ve con mayor claridad.

Para explicarla se han inventado historias de Dioses, de un Dios y luego se han negado. Se le ha llamado Azar, Destino, Providencia, etc. Pero en conclusión no sabemos lo qué es. Al menos el que escribe no lo sabe.

Es asombroso, cómo Dostoyevski capturó ésta incertidumbre, ésta abertura cósmica en el ser humano, en el argumento de una novela, en la cual, el juicio acerca de la condición moral de su personaje principal se ve obnubilado por una aporía que no puede ser resuelta mediante un juicio racional que subsane las repercusiones éticas que involucra el sentido o la falta de sentido, en el universo. Sencillamente por que la razón es insuficiente para aclarar el *enigma* que subyace a la relación entre el hombre y el universo, del cual el hombre es tan sólo es un morador transitorio.

¡Cómo saber si hay Dios o no hay Dios, si tan sólo somos hombres! Parece que grita Dostoyevski desde *Crimen y Castigo*. Y Raskólnikov le hace eco, pues, en él pese a sus ideas y su falta de arrepentimiento nunca es claro si su ateísmo lo libra de todo cargo de conciencia, sino, entonces por qué confesarse con Sonya.

De este modo Dostoyevski, con su pincel, parece replantear el problema de la acción, el juicio y la responsabilidad moral dándole un nuevo matiz, el de aceptación del *misterio* y de la *incertidumbre* de lo ignoto, pues, ha mostrado que la facultad más preciada del hombre, la razón, es insuficiente y hasta perjudicial para elucidar lo que esta más allá de ella.

A su vez, Dostoyevski con las voces que da y el desgarramiento moral de Raskólnikov, frente al abismo cósmico, parece proponernos e incitarnos a reconocer que sólo si el hombre acepta y reconoce, en medio de la magia y del terror, que él y el universo entero son un *misterio*, podemos aspirar a algún nuevo tipo de mundo y por extensión a un nuevo tipo de 'moral'.

Terror y maravilla por el universo parece ser la condición que deben cumplir aquellos atrevidos que decidan saltar los muros de la razón.

El jardín de flores sofocantes

Hemos explorado junto con Dostoyevski, lo abismal, lo complejo y lo sutil que puede llegar a ser una problemática filosófica, cuyas, implicaciones de carácter ético y ontológico, son de la mayor importancia y trascendencia para el género humano, pues en el fondo, y al fin de cuentas, lo que en juego es el *ser* de la humanidad. Nunca como ahora ha sido tan necesaria una revaloración de la conducta humana, en relación al lugar que ocupa el hombre en el universo, sin triquiñuelas y engaños de fe y razón, o, de razón y falta de fe, sino, de cara a lo que sea que seamos, aceptando nuestro acaso cualquiera que este sea, pero sobre todo viviendo de acuerdo con el. Pues, nunca como ahora a reinado sobre el hombre con tanta furia, el sin sentido y la confusión.

Tan sólo hay que mirar a nuestro alrededor para darnos cuenta que lo que tenemos es un planeta en la ruina ecológica y aun ser humano intoxicado hasta el adormecimiento, por el consumo de placer en exceso, paisaje por lo demás, tético, desolador y desesperante hasta la demencia.

Así es, el género humano todo, debería estar enfocado en encontrar la salida de este jardín de flores sofocantes en que ha deformado a su entorno, al convertir a la naturaleza en un *producto* que lo degrada cada vez más y más, a medida que lo consume.

Pero, cómo hacer para reinventar el camino de regreso a la maravilla y el terror; a la unidad primigenia que éramos, cuando todavía el alma y el cuerpo no se habían separado, antes del cielo y el infierno, antes de un solo Dios, antes de la filosofía.

Es en esta sencilla inconsistencia ontológica que se encierra uno de los *misterios* más grandes de la humanidad, cuya, solución queda en espíritu y en manos de hombres futuros que tendrán que cuestionarse honda y dolorosamente sobre su origen para reinventarse nuevamente como lo que eran en un principio.

Esta es la tarea, que a nuestro parecer Dostoyevski, esta transmitiendo no sólo a los genios, sino, también y sobre todo, a los hombres de acción de esas épocas futuras, pero para que eso sea posible, el hombre del presente tiene que salir de la confusión y el sin sentido, tiene que dejar de ser el títere de sus pasiones y sus vicios, y el fanático de la razón en que se ha convertido. Esto, es lo según nosotros, nuestro artista nos dice a través de la historia de un joven con dotes intelectuales y cierta educación, que un buen día...

Bibliografía.

Aristóteles. *Ética a Nicomaco*, Madrid, Gredos, 1975.

Camus, Albert. *El mito de Sísifo*. Buenos Aires, Losada, 1975.

Dostoyevski, F.M. *Crimen y Castigo 1*. Madrid, Alianza Editorial, 2002.

Dostoyevski, F.M. *Crimen y Castigo 2*. Madrid, Alianza Editorial, 2002.

Dostoyevski, F.M. *Los Demonios 1*. Madrid, Alianza Editorial, 2002.

Dostoyevski, F.M. *Los demonios 2*. Madrid, Alianza Editorial, 2002.

Kant, Inmanuel. *Introducción a la Metafísica de las Costumbres*, México, Porrúa, 1997.

Heidegger, Martin. *Arte y Poesía*, México, Breviarios FCE, 1998.

Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, México, Alianza Editorial, 1989.

Ricoeur, Paul. *Del texto a la acción: ensayos de Hermenéutica*, México, FCE, 1998.

Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración*, México, Siglo XXI. 1995

Rivas, Hernández, A. *De la poética a la teoría de la literatura*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2005.

Schücking, Levin, L. *El gesto literario*, México, FCE, 1996.

Epílogo

Al principio este escrito había sido concebido como un intento dirigido a explorar la relación entre la filosofía y la poesía como dos formas de acercamiento al *ser*, razón por la cual, *Crimen y Castigo*, tan sólo era un pretexto. Pero en algún momento fue absorbido por una fascinación *enigmática* por el símbolo que encerraba la incógnita que planteaba la condición moral de una figura poética, y, se extendió hasta las consideraciones filosóficas que implicaba dicho símbolo. No obstante, el inesperado giro que tomó este escrito, pues en vez de explorar la relación entre la filosofía y la poesía, acabamos, explorando un problema de carácter ontológico en relación a lo ético, desde la poesía, nuestra intención primera se mantuvo constante a lo largo del mismo.

Nosotros ya inmersos en esto, a falta de un camino mejor y en un afán de mantenernos fieles a los contornos de las figuras ahí plasmadas, fue que nos mimetizamos con el la forma y el contenido de la novela. De ese modo, y, de manera más inconsciente que intencional, *Crimen y Castigo*, se convirtió en el vehículo que nos permitió explorar, desde la obra de arte, una inconsistencia de carácter ontológico a la par que ético, que el artista dibujo, al copiar con trazo sutil y preciso a su modelo: un abismo cósmico.

El resultado de esta adaptación, es el legajo que el lector tiene en sus manos; que sigue siendo un esfuerzo sostenido, realizado con esmero y profundidad, por acercarse al *ser*, por traer a la luz la inconsistencia ontológica, que se oculta en el fondo de las páginas de *Crimen y Castigo*. Pero no para resolverla ni confrontarla con el pensamiento de algún filósofo, porque esa nunca ha sido nuestra intención, sino, para mostrar que en efecto la poesía es otra forma de desentrañar la verdad acerca del hombre y del universo.

RFG.